

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

S. SANPERE Y MIQUEL

Historia del Lujó

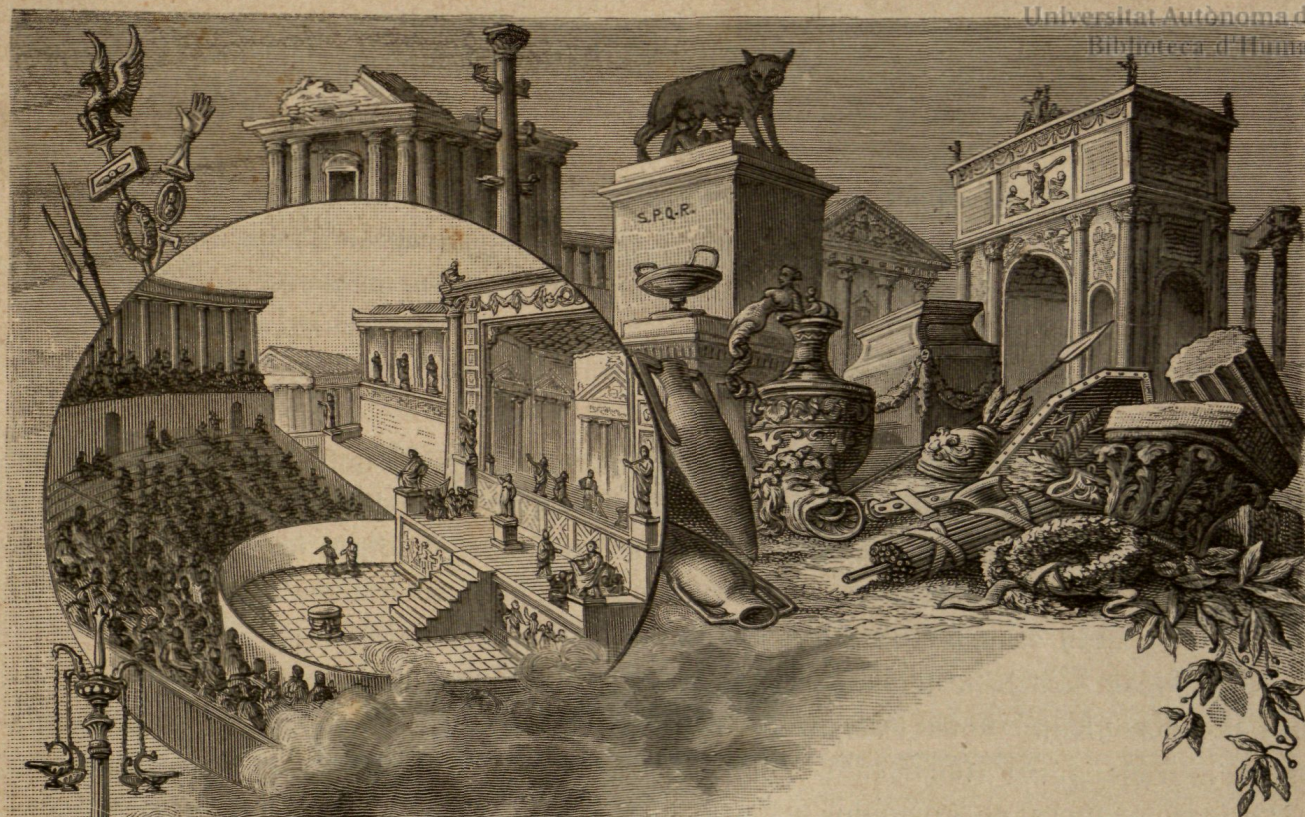
Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques



1501192901

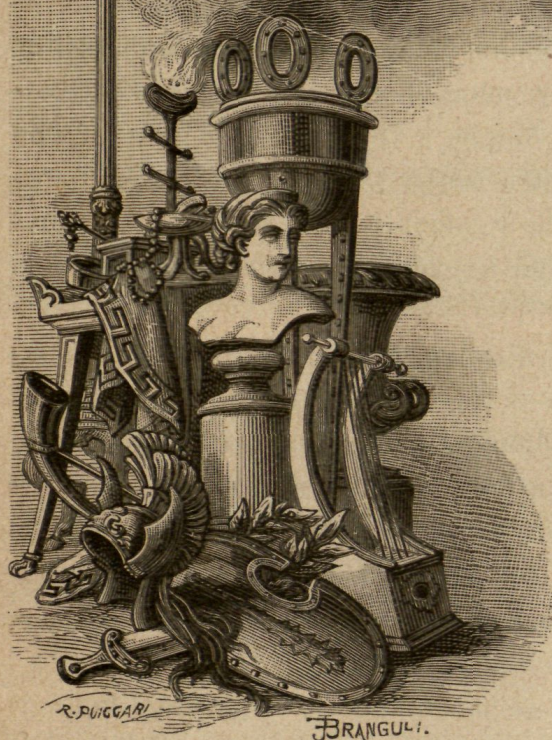
CUARTA PARTE

EL LUJO EN EUROPA



CAPÍTULO PRIMERO.

LOS ARIOS Ó EUROPEOS.



A un pueblo nuevo, á una raza nueva, corresponde un arte nuevo, un lujo nuevo. Pero como este pueblo, esta raza de hombres, no viva confinada en tierras separadas por infranqueables barreras, como el pueblo y raza americanos, de los hombres é influen-

cias del mundo antiguo, este arte nuevo y este nuevo lujo dicho se está que continuará siendo durante mucho tiempo el lujo y arte del mundo antiguo, y que mientras éste dure é impere, sus ejemplos, es decir, sus modas, su lujo, será muchas veces el lujo de esa nueva raza y de ese mundo nuevo.

Este nuevo mundo es Europa, y esta nueva raza son los europeos.

Sorprende, cuando se estudia la historia del descubrimiento del mundo, ver cuán tardamente llegaron los grandes pueblos civilizados de Asia y Africa á tener conocimiento de nuestro continente.

Puede decirse, casi sin exageración, que Europa fué desconocida del antiguo Egipto, á pesar de las invasiones piráticas de algunos de sus pueblos isleños. Verdad es que el perezoso y feliz egipcio no mostró nunca simpatías por la emigración y por las empresas lejanas; que nunca entró en su sistema político enviar colonias, y esto se comprende desde el momento que fué meramente comercial, exigido por las circunstancias de su suelo. Por cuanto se bastaba á sí mismo, puede decirse que todo su empeño lo cifraba en conservar lo que poseía y en negarse á toda comunicación exterior para no tener que compartirlo con nadie.

Las grandes monarquías asiáticas las hemos visto encerradas dentro de límites no mucho más grandes.

Cuando desbordan y llegan á la costa de nuestro mar, no desembarcan para continuar avanzando. Su empresa contra Grecia es la obra antipatriótica de los partidos helénicos. Pero su avance produce su efecto. Los pueblos marítimos de Siria, los fenicios, dotados de verdadero genio comercial é industrial, emigran para sustraerse al vencedor, y al emigrar ensanchan considerablemente los límites del mundo antiguo.

Los fenicios habían principiado sus empresas exploradoras por el mar de Egipto, que los llevó al conocimiento de las islas griegas del Archipiélago y al conocimiento de la misma Grecia. ¡Durante quién sabe cuánto tiempo no pasaron de este recodo de nuestro mar! La Creta, la isla Cythera, el promontorio Maleo, en tierra firme, y en Africa la Cirenaica, señalaron el círculo de sus empresas comerciales. Mas allá se abría un vasto mar y unas tierras desconocidas, la famosa Tharsis, que no era otra que Sicilia, como ha demostrado la crítica moderna. De esta Tharsis se contaban cosas increíbles y maravillosas. Así, cuando los navegantes fenicios llegaron á Sicilia, á Tharsis, por el Mar Jónico, y dieron vista al Mar Tirreno por el estrecho de Mesina ó al Mar Sardo por el canal entre Africa y Sicilia, la Tharsis maravillosa emigró á su vez y se puso allí en donde se sabía vagamente que existían las últimas tierras del mundo, á orillas del monstruoso y terrible Océano, que con sus aguas tenía encerradas todas las tierras, en España.

Llegaron las conquistas asiáticas, y los fenicios huyeron en gran número á esas lejanas y desconocidas tierras. Aposentáronse en el extremo occidental del mundo conocido, en Europa y Africa, y fundaron á Cartago, que se convirtió en centro de sus operaciones mediterráneas. Desde este momento Europa es explorada por fenicios y cartagineses, esto es, por dos pueblos hermanos. Los cartagineses, costeando el Africa, llegan hasta el Ecuador. Los fenicios, costeando el Mediterráneo, salieron al Océano y lo remontaron hasta irse á perder en el mar del Norte. En fin, expedición tras expedición llegaron hasta el punto de penetrar en el mar Báltico.

Por todas partes fueron estableciendo púnicos y fenicios colonias y mercados. Los púnicos se reservaron el Africa, los fenicios se quedaron con Europa. Su gran centro marítimo y comercial lo trasladaron al otro lado del estrecho oceánico; en una pequeña isla fundaron la ciudad de Gades, la Cádiz española. Separados del continente por el mar, podían defender su emporio con sus naves.

No fué Cádiz su única colonia en España, pues fundaron algunas otras, y tal vez aun más de las que se cree; pero no tenemos datos concluyentes para asegurar si se internaron por el interior de nuestro país, remontando nuestros ríos; lo que sí parece fuera de duda es que remontaron el Ebro hasta cerca de su desembocadura, para pasar luego al Océano, abreviando de esta suerte la larguísima, penosísima y peligrosísima vuelta de nuestras costas

oceánicas para ir á Inglaterra en busca del estaño, tan pronto éste fuéles faltando en Andalucía, por donde más se extendió su influencia y su colonización.

Desde este momento se puede decir que data el conocimiento de la existencia de Europa. ¡Pero cuántos siglos no debían todavía pasar hasta tener conocimiento del interior de ese continente cuyas costas fueron los primeros en recorrer fenicios y cartagineses!

Cuando los conquistadores persas se lanzaron sobre Grecia, ya el imperio del mar no correspondía á los fenicios. El mar Egipcio, el mar Jónico, el mar Sículo, los dominan las escuadras de los pueblos helénicos; el mar Tirreno y el mar Sardo están dominados por púnicos y tirrenos. Son estos los pueblos establecidos en el centro de Italia, en donde ha principiado á formarse una gran potencia que llegará á sujetar el mundo, Roma.

A medida que los tirrenos se van organizando y que Roma va constituyendo su gobierno militar, los pueblos del centro de Italia se van fundiendo y trabajando á martillazos, como el hierro; de aquí su férrea robustez. Al terminar este período es cuando descubren que en el Sur se han ido aposentando los helenos hasta apoderarse de toda la costa de Cumas al Adriático. Sicilia es de estos extranjeros, quienes se la han repartido con los púnicos y los fenicios. En el Norte se encuentran con otros pueblos no menos extraños, que se han apoderado de todo el valle del Po. Las grandes islas de su vecindad, Córcega y Cerdeña, son también púnicas.

El gran choque de Salamina va á repetirse en el mar Tirreno.

La lucha es mucho más larga, mucho más dura y mucho más sangrienta de lo que lo fué en Grecia.

Los cartagineses disputan á Roma su avance. Roma quiere ante todo arrojar á esos asiáticos de Europa. Lucha secular que acaba con el triunfo de Roma. Los cartagineses, que gracias á los establecimientos fenicios se habían apoderado de España hasta el Ebro, son arrojados de España. Roma les reemplaza en 202 antes de nuestra Era.

España es conocida ya del mundo, como la Italia central y meridional y la Grecia, incluso la Macedonia. El resto de Europa es desconocido. Sólo las colonias griegas establecidas en Provenza, como la de Marsella; ó la de Thracia, como la de Bizancio; ó las del Ponto Euxino, como la del Chersoneso—Sebastopol—pueden dar razón de los pueblos interiores de Europa.

Pero Roma, señora de España, está incomunicada por tierra con su conquista. Los salvajes galos del Po se extienden hasta las fronteras de España. Para llegar, pues, al Pirineo era necesario lanzar ó dominar en el Po y en la costa del Mediterráneo á galos y celtas, y esta fué la tarea que dió por terminada Roma á los 117 años antes de la nueva Era. Roma se vuelve entonces del lado de Oriente. Conquista la Sicilia, cruza el Adriático, penetra en Macedonia, se apodera de Grecia y llega al Asia, en donde va en busca de los parthos, que tan amedrentados tienen á los pueblos de la costa de Asia Menor. Estos, para escapar á los parthos, que han reunido en un solo haz todos los pueblos antiguos asiáticos, se entregan á los romanos, y Roma contiene el avance para siempre de los que, partiendo de la cuna de la civilización europea, eran ya llamados bárbaros.

Durante la época de las luchas orientales, adelantó, sin embargo, también el conocimiento de Europa.

A mediados del último siglo de la Era antigua, mientras Pompeyo daba á Roma, á Europa, la Fenicia y la Judea, César llegaba hasta Inglaterra, recorría el Rhin, abría el paso del Danubio, y muy pronto estos dos ríos señalaron los límites del conocimiento de Europa por

los antiguos, pues ya sólo se consiguió en tiempo de Trajano dominar temporalmente la Dacia, hoy Hungría.

Esto se conocía de Europa cuando los pueblos que habían quedado del otro lado del Rhin y del Danubio forzaron por todas partes su paso y se arrojaron furiosos sobre todas las provincias romanas, destruyendo con sus frameas la obra de la civilización.

Pero no con esto se adelantó la obra del conocimiento de Europa. Muy poca cosa se pudo conocer de más en tiempo de Theodorico, hacia 300 años de nuestra Era, pues lo que habían hecho los invasores había sido establecerse pura y simplemente en las prefecturas y provincias romanas, incluso en la misma Roma, que desde luego se preparó por medio del poder espiritual á la conquista del poder temporal del mundo que acababa de perder. Fuera de esto, lo repetimos, de los países del otro lado del Rhin y del Danubio sólo se sabía lo que intrépidos viajeros y navegantes, como los que exploraron en los siglos modernos el mundo y hoy día Africa, decían al regresar de sus viajes. La fábula y lo maravilloso entra por más de la mitad en lo que contaban.

A últimos del siglo IX se había conseguido llegar hasta Sajonia, feroces idólatras que tanto dieron que hacer á Carlomagno. Pero por el Norte, el paganismo y la barbarie dominaban la mayor parte de la actual Prusia, y por entero Dinamarca, Suecia, Noruega y toda Rusia, del mar Blanco al mar Negro, salvo algunos oasis debidos á intrépidos misioneros de la fe cristiana. Los escandinavos, los prusianos y los rusos fueron los últimos, por el orden citado, en civilizarse. La conquista y conversión de Prusia, obra de los polacos y de la Orden Teutónica, no principió hasta el año 1226. Por este mismo tiempo se forma ya en el centro de Rusia un Estado sobrado fuerte para contener el avance de los mogoles sobre Europa. De modo que Europa, salvo las vertientes del mar de Azof, no fué conocida hasta últimos del siglo XIII de nuestra Era. ¡Y sin embargo llamamos á Europa un pueblo viejo!

Pero todos los habitantes de esas antiguas comarcas europeas que hemos citado, esos helenos, italos, galos, celtas, escandinavos, prusianos, anglo-sajones, alemanes, polacos, rusos, etc., ¿forman parte de una misma familia? Sí, contestan unánimemente todos los etnógrafos y lingüistas de Europa. Sin embargo, los antropólogos han hecho observar que todos esos pueblos se establecieron sobre un pueblo antiguo europeo, aborígena, del cual quedan aún representantes vivos: el finés, en el norte de Rusia, y el vasco, en España. Los islotes formados por estos pueblos indican la destrucción de una ó más grandes razas de pueblos de lengua de aglutinación que la poblarían, y su presencia real y viva anima, por decirlo así, á la población de la edad de piedra europea, cuyos huesos, cuyos cráneos, indican, por su conformidad con los cráneos fineses y vascos, que pudieron hablar lenguas parecidas á las de los citados pueblos.

Establecida, pues, de un modo rigurosamente científico la conquista de Europa por una raza diferente de la raza aborígena, la cuestión que se ha presentado desde luego á la ciencia moderna es la de precisar el punto ó patria de esta raza.

Compréndese, con lo poco que llevamos dicho hasta aquí, que todas esas grandes cuestiones que aquí apuntamos son novísimas, que estas cuestiones no han podido surgir sino desde el momento en que se ha dado resueltamente la espalda á la etnografía bíblica. Por esto la cuestión parece, más que científica, religiosa, puesto que cada vez que la ciencia demuestra un error grave en la *Biblia*, la autoridad de ese libro santo, si alguna le queda fuera de los círculos exclusivamente religiosos, queda terriblemente quebrantada.

No debemos negar por esto que, aun cuando sean todos creyentes ó bíblicos los que sostienen, con la teoría de la unidad del género humano, la de su aparición única en un punto determinado del globo y su radiación desde este centro por todo el mundo, esta doctrina se procura sostener hoy, no con argumentos dogmáticos, sino con razones científicas y por hombres de ciencia sumamente respetables. Pero toda su respetabilidad y ciencia, puesta al servicio del libro santo de los adoradores del dios Jehová, no puede con los hechos consumados y demostrados.

Cuando la paleontología ha demostrado para las especies vegetales centros propios, desde donde los vegetales se han esparcido merced á variados vehículos por todo el mundo, no se puede en buena lógica admitir que, por lo contrario, las especies animales no hayan tenido más que un centro de creación.

Pero dejando esto á un lado, tenemos que la existencia dualística ó varia está probada ateniéndose á las mismas agrupaciones de hombres que hace la etnografía. Si, por ejemplo, los pueblos todos americanos se reducen por su lengua y caracteres antropológicos y por su arqueología á un reducido número; este número, sea, el que sea puede reivindicar por completo su originalidad. Al oponerse, pues, los semitas á los europeos, ¿quién duda que entrambas razas se diferencian por todo lo que acabamos de decir, por su lengua, por su físico y por su arqueología? Esta diferenciación que no se niega por nadie, la fundan unos por su separación á distancia; para otros es étnica. Es decir, para los bíblicos es el resultado de la separación de las razas de su centro común asiático.

Durante mucho tiempo esta teoría tuvo en su favor la indiscutible autoridad del texto sagrado. Al inaugurarse en nuestro gran siglo los grandes estudios históricos, la ciencia se empeñó en probar la razón que debía tener el autor inspirado del *Génesis*. Acabábase gracias á la conquista de la India por los ingleses, de conocer la lengua santa de la India, como si dijéramos, su latín, la lengua sánscrita, y los filólogos europeos notaron en seguida, con tanto asombro como entusiasmo, que esta lengua estaba estrechamente emparentada con las lenguas de los pueblos europeos de la conquista. Luego si esta lengua era asiática, ¿podía ser esta lengua hermana de las lenguas europeas? Claro que no; dada la teoría reinante, debía ser la lengua madre, y esta maternidad la ha conservado hasta nuestros días.

Fué el zendo, la lengua de Zoroastro y de los persas, la que resultaba explicar todavía mejor las lenguas europeas, lo mismo sus formas gramaticales que su léxico; pero ante este descubrimiento, que destruía de raíz la demostración científica que se había dado de la etnografía del *Génesis*, nadie se atrevió á reclamar para el zendo los derechos que de tan lastimosa manera acababa de perder la lengua sánscrita.

Desde este momento, y gracias al gran desarrollo tomado por la filología y la lingüística, se han estudiado las lenguas europeas con tan grande cuidado y con tan sorprendentes resultados, que en la gran oficina intelectual de la Europa moderna, en Alemania, ha nacido y se mantiene con vigor, progresando, la teoría del origen europeo de los arios, es decir, que lejos de haber nosotros venido á Europa de Asia, sanscritos y zendos y otros pueblos de origen europeo—por su lengua—establecidos en Asia, proceden de Europa. Y todavía más se ha podido precisar de una manera rigurosamente científica la época de la separación de las ramas establecidas en Asia de su tronco europeo. Esta época es anterior á la edad de los metales. Y la prueba que se ha hecho es tan concluyente como sencilla. Mientras los pueblos europeos tienen para los metales y operaciones metalúrgicas nombres comunes, es decir, de-

rivados de una misma raíz, los pueblos asiático-europeos tienen diferentes nombres para los metales que los europeos. Año ni siglo no se pueden precisar para este gran hecho; pero también podemos limitarlo por debajo, pues la arqueología ha probado que la edad lacustre de Europa corresponde ya á la época de la conquista de Europa por esa gran familia asiático-europea.

Todavía se ha querido llegar más adelante, y al efecto se ha pretendido por unos señalar el norte de Europa como centro de esa gran reunión de hombres que se repartieron la Europa, creando Estados al parecer tan diferentes, como la Grecia de Inglaterra y la Italia de Alemania; otros han buscado ese gran centro en Rusia, y en esta pesquisa, como si se tratara de lo más trascendental, se ha perdido lastimosamente un tiempo que han aprovechado los enemigos del progreso para probar la poca seriedad de una doctrina que tan grandes flancos presentaba tan pronto se la quería dar asiento. Baste decir que estos arios vinieron de las regiones en donde se presentaron en confuso tropel, al caer el Imperio romano, el enjambre

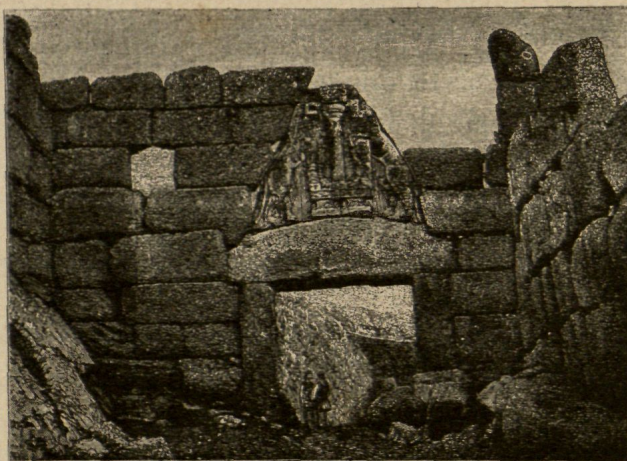


Fig. 1.—Micenas: puerta de los Leones.

de pueblos que constituyen el nuevo aspecto político de Europa, que aun hoy dura. Ahora bien; de la misma manera que vándalos, alanos, suevos, godos, visigodos, ostrogodos, germanos, alemanes, francos, sajones, etc., son ramas de un mismo tronco, de la misma manera estos pueblos germánicos son hermanos de los pueblos eslavos, de los lituanos, de los poloneses, de los rusos, como lo demuestran las raíces de sus respectivas lenguas. De modo que el gran hecho prehistórico se repite en el siglo V de nuestra Era, y hasta puede decirse que los primeros no se diferencian gran cosa de los segundos, demostrando de esta suerte el primer desprendimiento lo que dejamos dicho acerca del gran atraso en que estaban los pueblos arios al invadir el Occidente y Mediodía de Europa. Pues los vemos al llegar á Grecia, en donde podemos estudiarlos con mayores detalles, formando grandes tribus de pastores; el buey ocupaba en todos los rebaños un puesto importante; el carnero, la cabra y el perro eran conocidos; el cerdo probablemente no lo era; el caballo estaba aún por domar; en todo caso no se le utilizaba ni para el acarreo ni para la equitación; las aves de corral también faltaban. Sólo por excepción se cultiva la tierra. La carne de los rebaños y el botín de la caza servían de alimento; además se comían los frutos de los árboles silvestres, como, por

ejemplo, las bellotas; la pesca y la sal no la conocieron hasta tanto que llegaron á orillas del mar; sus bebidas eran la leche y el hidromiel. En cuanto á la mujer, ó se compraba ó se robaba; la poligamia no era desconocida á pesar de las costumbres primitivas y crueles de la época, había ya como un principio de vida de familia. Pielles y objetos trenzados y primitivos tejidos servían para vestirse. La construcción en piedra les era de todo punto desconocida, y los únicos medios de comunicación eran por tierra el carro, y por los ríos un tronco rudamente desbastado. Conocían varias divinidades y varios mitos. La venganza sangrienta y la expiación del crimen por medio de una indemnización estaban ya en uso, y lo hacemos re-



Fig. 2.—Estela funeraria hallada en la acrópolis de Micenas.

saltar por cuanto este es el carácter distintivo de la civilización germánica al invadir el Imperio romano, y sobre tales bases se funda la Edad Media. En fin, se creía en un reino ó ciudad de los bienaventurados como mansión para después de la muerte. Los metales, ya lo hemos dicho, eran desconocidos de los indo-europeos antes de su separación, las armas de piedra estaban todavía en uso.

No es posible en esta obra continuar con esta cuestión de alta crítica histórica. En otra obra nuestra, recientemente publicada, hemos dedicado buen número de páginas á exponerla con todos sus detalles, sin ocultar nada de lo que se ha dicho en pro ni en contra. A ella podrán, pues, acudir cuantos quieran profundizar esta materia y teoría.

Para terminar, sólo falta decir que son conocidos perfectamente los dos caminos que si-

guieron los europeos al penetrar en Asia. Los que lo hicieron atravesando los montes Urales y pasaron por entre el Caspio y mar de Aral; éstos fueron los que se establecieron allí en donde en nuestros días se ha ido á buscar la cuna del género humano, y por consiguiente el paraíso terrenal. Pero llegó un momento en que abandonaron las orillas del Oxus para pasar á las del Indus y del Ganges parte de los allí establecidos, y de esta manera se extendió por la India [el elemento ariano sobre el fondo dravidiano, es decir, sobre un fondo turanio, para usar del nombre con que los etnógrafos designan la población primitiva de Asia Menor y de Europa.

Otros cruzaron la Propóntide ó mar de Mármara, evidentemente por el Bósforo y los Dardanelos, y ocuparon la costa del Ponto Euxino ó mar Negro, y también las del Egeo, ocupando igualmente las islas del Archipiélago, llegando por el interior de la península asiática hasta el Tauro, cuya cordillera sólo momentáneamente atravesaron los conquistadores asiáticos. Los que principalmente se establecieron en Asia y en las islas del mar Egeo fueron los llamados Jónicos, que igualmente ocuparon el titoral Egeo de la Tracia. Dorios fueron, empero, los que se establecieron en Bizancio, Calcedonia, Caria, Licia y Creta. Jonios y dorios representan en la península helénica á atenienses y espartanos.



CAPÍTULO II.

RELIGIÓN HELÉNICA.

HERODOTO nos dice que los primitivos griegos, conocidos en las edades remotas con el nombre de pelasgos, «no daban nombre ni sobrenombre á ninguno de sus dioses, pues nunca los habían oído nombrar. Leś llamaban dioses en general, á causa del orden de las diferentes partes que constituyen el universo y de la manera como ellos lo habían distribuído. Sólo más tarde llegaron á conocer los nombres de los dioses, cuando éstos les vinieron del Egipto...»; y luego dice «los griegos aprendieron esos nombres de los mismos pelagos» (1).

De este texto, lo que resulta clarísimo es, que hubo un tiempo en que los pelasgos tenían sobre Dios ó los dioses ideas confusas que no se aclararon hasta que puestos en contacto con un pueblo de superior cultura y desenvolvimiento religioso, moldearon en los moldes de este pueblo sus propias creencias y convicciones. Este pueblo, en cuyos moldes tomaron espíritu y forma los dioses pelasgos, es el pueblo egipcio, para Herodoto; para los modernos, es el pueblo fenicio.

Los fenicios no abandonaron jamás el Delta egipcio, desde el día en que confundidos con los pastores, vinieron á habitar sus ciudades. Hiciéronse dueños de la marina y del comercio, y de las ciudades del Delta, tanto como de las patrias, lanzáronse por el Archipiélago, que civilizaron á la vez que explotaban sus riquezas. Cuando los pueblos pelásgicos lanzáronse á su vez al mar, sus naves iban á esas ciudades fénico-egipcias á llevar sus productos, que antes eran exclusivamente transportados por las naves fenicias ó fénico-egipcias. Esto es de toda evidencia y de toda certitud. Cuando, pues, esto sabemos de una manera indubitable y sabemos que lo propio del comercio es transportar junto con los objetos del

(1) HERODOTO, *Historia*, lib. II, par. LII.

arte y de la industria, las ideas de los pueblos, no puede cabernos duda de que, cualquiera que sea el fondo de ideas propias del pueblo pelasgo, éstas se han desarrollado bajo el influjo de la civilización fenicia.

Veamos si esto es exacto. «¿Qué tiene un pueblo que más propio le sea que sus dioses? Y téngase presente que esto es sobre todo verdad para los pueblos de la antigüedad que personificaban en sus dioses su nacionalidad; pues no se recomendaban á ellos como hombres sino como persas, como griegos, como romanos. Y sin embargo, á excepción de Zeus, habitante del éter, apenas si hay divinidad griega que no consideraran los griegos como de origen extranjero y cuyo culto no refirieran á leyes y á costumbres ultramarinas. Es á orillas del mar, allí donde aparecieron como dioses desconocidos, donde se levantan los más antiguos altares.

»Por lo demás, por muy celosos que fueran los griegos de su autonomía, se les ve, sin embargo, por todos lados relacionar la fundación de sus ciudades con la llegada de estos ó aquellos extranjeros; quienes, dotados de una fuerza y sabiduría sobrenaturales, sujetaron á nuevos usos los hábitos de la antigua gente. En suma, todas las leyendas traspasan los lindes mezquinos de la península europea todos convergen hacia la otra orilla, de donde vendrían los dioses y los héroes.



Fig. 3.—Máscara de oro.

»El sentido, pues, de las leyendas es claro en este punto: son el resultado de la memoria de una civilización importada de Oriente por vía de colonización. Pero si se pregunta quiénes eran estos colonos, aquí nos encontramos en presencia de ideas menos precisas, y eso se comprende, pues cuando esas leyendas tomaron su forma, hacía ya mucho tiempo que los extranjeros se habían aclimatado en el país y su origen estaba olvidado.

»Los pelasgos, al igual de la otra rama de la familia aria, los indios, persas y germanos, adoraban al Dios Supremo sin imagen material y sin templo. Para ellos, las altas cimas eran otros tantos altares elevados por la Naturaleza; allí parecía que el alma, como el cuerpo, estaba más cerca del cielo. Allí invocaban al «muy alto», sin darle nombre personal; pues *Zeus* (Deus) designa pura y simplemente el cielo, el éter, la habitación luminosa del invisible; cuando querían indicar una relación más inmediata entre él y los hombres, le llamaban, como autor de todo lo que vive, «Zeus padre, Dios padre».» *Dipatyros Júpiter*.

»Esta pura y casta religión de los «divinos» pelasgos no dejó á las naciones sucesivas otra cosa que piadosos recuerdos; en medio de la Grecia, poblada de estatuas y cubierta de templos, se veían humeando, como en el pasado, los altos lugares consagrados á Aquel que no habita en las habitaciones levantadas por la mano del hombre. En efecto; en las antiguas religiones es siempre el fondo primitivo, el elemento más simple, el que se conserva por mayor tiempo y con mayor fidelidad. Es por esto que á través de los siglos llenados por la historia griega, el Zeus arcadio, incorpóral, inaccesible, continúa radiando con un esplendor divino sobre la cúspide selvática del Lyces, reconociendo que había puesto el pie en su campo, cuando se veía su sombra entera desvanecerse. El mismo pueblo conservó durante

largo tiempo un piadoso horror por los nombres y signos que tendían á materializar el ser divino. En efecto; además del altar «al desconocido», se encontraban aquí y allá, en las ciudades, altares elevados á los dioses «puros», á los «grandes», á los «misericordiosos» y á la gran mayoría de nombres de dioses, que en Grecia no eran en su origen más que calificaciones de la divinidad desconocida en su esencia.

»Imposible era que ese culto pelágico se conservase en toda su pureza. Ante todo, no puede negarse que no hubiese entre los griegos, como entre los otros pueblos arios, ciertos gérmenes de ideas politeístas y que no llevaran éstas con ellos desde la madre patria. Una religión fundada en la adoración de la Naturaleza no podía limitarse á la idea pura y simple de una fuerza primera, haciendo circular la vida por las entrañas de la Naturaleza. Al lado de ese gran resorte, había fuerzas de detalle que obtuvieron cada una su parte de veneración; así, el culto de las ninfas, en particular, tomó puesto, desde la más remota antigüedad, en la religión popular.

»Otra modificación más sencilla de la idea religiosa es hija de la división del pueblo en tribus y distritos separados. Al instalarse en un país, querían los emigrantes encontrar signos y prendas visibles del favor divino; en los diferentes distritos se consideraba la divinidad bajo diferentes aspectos. La idea de Dios, digámoslo así, se desmenuzaba como la nacionalidad. El culto se hizo de día en día más variado: uníase cada día más estrechamente á los objetos visibles, tales como fuentes, torrentes, grutas, árboles, piedras; la religión, pues, se encontraba de esta suerte llevada á identificar progresivamente sus ideas con los símbolos materiales.

»En fin, á esas influencias se añadieron las de los pueblos extranjeros. En este momento principia una transformación religiosa, cuyos principales efectos no escapan por completo á la Historia; es el período de transición entre la edad antehelénica y pelágica y la edad helénica; es la época durante la cual la imaginación griega engendra, por una serie de creaciones sucesivas, el mundo de sus dioses. En efecto; cuando las tribus pelágicas se vieron arrastradas en el movimiento internacional y que el círculo de sus relaciones se dilataba, creyeron tener necesidad de dioses nuevos, pues dudaban que la protección de los suyos se extendiera más allá del estrecho horizonte dentro del cual habían estado hasta entonces encerrados.

»Bajo este aspecto, nada más fecundo que el contacto de esos pueblos sencillos con los semitas. Precisamente á causa de la oposición natural que existe entre los temperamentos de las dos razas, arios y semitas han ejercido los unos sobre los otros una influencia considerable, de la cual los semitas tomaron la iniciativa, por cuanto eran los más civilizados...

»Los fenicios utilizaron el culto para anudar relaciones amigables con los pueblos pelágicos establecidos en las costas. Como lazo de unión tomaron las ideas religiosas de los pelasgos, en particular Zeus pelágico, que asimilaron á su Baal, poniendo bajo su protección sus mercados, y á quien bautizaron con el nombre de *Zeus Epikoinios*, es decir, «adorado en común». De modo que correspondía á Baal-Salam, «el dios de la paz», á quien se consagraban bajo el nombre de *Salama* ó *Salamis* los puntos donde la paz estaba garantizada

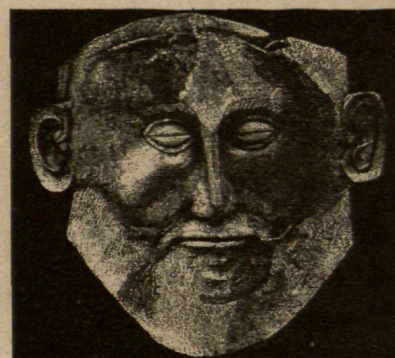


Fig. 4.—Máscara de oro macizo.

por tratados. También introdujeron los fenicios el culto de los planetas, inventado por los semitas de Oriente; enseñaron igualmente á los pelasgos á ver en las estrellas divinidades que gobiernan el mundo y á disponer sobre sus movimientos sus negocios públicos y privados. En fin, también importaron de Oriente el culto de las imágenes, cuyo encanto subyugó á los pelasgos auctóctonos. Estos no tuvieron fuerza para resistir; así adoraron los dioses extranjeros, que les eran superiores bajo todos aspectos, atribuyendo los triunfos de estos mismos extranjeros á las imágenes que llevaban á todas partes con ellos, lo mismo por tierra que por mar. Las imágenes de divinidades (Xoana) no son un producto indígena, y entre otras las pequeñas estatuas de un pie de alto, que de tiempo inmemorial se veneraban á lo largo de las costas, hay que considerarlas como ídolos importados por los marineros fenicios.

»La primera efigie que se ofreció á los ojos de los pelasgos fué la de Astarté, cuyo culto era objeto de devoción especial por parte de los moradores cananeos, hasta tal punto que jamás se embarcaban sin llevar con ellos su imagen, y que, allí donde fundaban una factoría, en el centro instalaban este venerado emblema. Así cuenta Herodoto que vió el cuartel de los tirios, en Menfis, separado del resto de la ciudad, agrupado alrededor de un bosque y de una capilla consagrados á la Aphrodita extranjera.

»Lo mismo sucedía en los establecimientos fenicios de Cipro, de Cythera y de Crane, con esta diferencia: que en Egipto ese culto no sufrió alteración ninguna, en tanto fué adoptado y helenizado por los griegos. Continuó la diosa representando la fuerza creadora que hace circular la vida en la Naturaleza; mas como los griegos habían visto en ella la diosa de los marineros, convirtiéndose á un tiempo en diosa de la marina, protectora de los pilotos y de los puertos, cuyo culto se localizó en un principio en los fondeaderos de la costa, difundiéndose desde aquí progresivamente por el interior del país.

»Pero los cultos orientales no sólo penetraron por mar en Grecia, y Cipro no fué el único puente lanzado entre uno y otro mundo. Encuéntrase igualmente en el continente asiático estaciones donde se implantó el culto de una divinidad, representando bajo vocablos múltiples la misma potencia simbolizada, la inagotable fecundidad de la Naturaleza, madre y nutriz de todos los seres. Es la Mylita de Babilonia, la Istar de Nínive, la Anahit de los persas, la grande Artemisia que avanza, á través de la Capadocia y de la Frigia, hasta la costa, donde se veneraba aquí, como Rhea, allá como Cybeles, madre de los dioses; en Efeso como Artemis, como Hera en Samos.

»Esta misma diosa fué luego llevada á las regiones occidentales; así, lo mismo era adorada en Corintho, bajo el nombre de Aphrodita, que con el de Ma en Capadocia.

»Necesítase, empero, tomar en cuenta una modificación considerable que nos muestra el alcance del movimiento histórico sobrevenido en el campo de la vida religiosa. En Oriente, la diosa es un sér panteístico, una potencia única y dominante que penetra la sustancia de todas las criaturas. En el suelo helénico se individualiza y se localiza. Concebida diferentemente en cada tribu y en cada ciudad, el tipo de la divinidad primordial recibe un nuevo sello: descompónese en una serie variada de figuras femeninas que, bajo forma de matronas ó de vírgenes, enamoradas de los combates ó adictas al hogar doméstico, aquí más ideales, allí más provistas de seducciones sensibles, entran en el círculo de los dioses griegos y son asociados á Zeus, á título de madre, de esposa ó de hija.

»Los apóstoles del culto de la gran divinidad femenina fueron principalmente los sido-

nenses, mientras que los fenicios, originarios de Tiro, propagaban el culto de una divinidad varonil, la de Melkart, el patrón de su ciudad. Es en Corinto donde encontramos las más evidentes huellas de esta propaganda. En efecto; el acrópolis de la ciudad ó Acrocorintho era el centro de un muy antiguo culto de Aphroditas, en el cual la forma de la diosa cipriota se había fundido con la de la gran madre asiática, y en el ítmo estaba instalado Melikerte, quien, aun cuando reducido al papel subalterno de genio marítimo, fué siempre el centro del culto local. Ahora bien; el nombre de Melikerte no es otro que el de Melkart, acomodado por los helenos á su pronunciación. Este hecho nos enseña, por otra parte, cuáles fueron las vías de comunicación seguidas por los marinos fenicios. En efecto; tanto cuanto gusta la navegación moderna moverse en este mar, tanto gustaban los huques antiguos el amparo de las costas, el encerrarse dentro de las bahías, el deslizarse por los estrechos pasos del Archipiélago. Así se explica que, desde la más alta antigüedad, hubiesen procurado los fenicios abrirse un paso á través de Grecia, para ir de uno á otro golfo, haciendo pasar sus mercancías por encima del ítmo. Ese modo de transporte está confirmado por los cultos de Sidón y de Tiro, implantados á los dos extremos del camino. Por doquiera que se establecieron los tirios, elevaron santuarios á su dios nacional. Son ellos quienes importaron su culto por todas las orillas de Heladia. Encuéntrase á Melkart con nombres análogos, como Makar, Makareus, en Creta; en Rhodas, en Lesbos, en Eubea, mezclado bien que mal con el ciclo de las leyendas indígenas. Es de él de quien provienen hasta los nombres que tienen una fisonomía de todo punto griega, como Makaria, en Messenia y en Ática.

»Pero los principales atributos del dios de Tiro acabaron por pasar á Heracles, que fué adorado bajo el nombre de Makar en la isla de Thasos, donde los fenicios explotaban ricas minas; pues bajo cierto respeto simboliza el papel iniciador del colon extranjero, puesto que, viajando sin tregua ni descanso, personifica perfectamente este infatigable pueblo de comerciantes.

»Sin embargo, los griegos, al acogerlo, lo compredieron de dos maneras: ó bien se hicieron partidarios del culto tirio y aceptaron á Heracles como una divinidad, bajo el mismo título que Astarté, ó bien le veneraron como el bienhechor de su país y el autor de su civilización, como uno de los héroes cuyo nombre y hazañas hicieron resonar de uno á otro extremo los ecos del Mediterráneo. En Sicyone encuéntrase á Heracles adorado bajo dos formas: como heroe y como Dios.

»Esos cultos, lo mismo que el de Moloch, del cual se encuentran vestigios en Creta y en otras partes el de los cabiros de Samothracia transformados, como Melikerte, de dioses asiáticos en genios helénicos, fueron, y existen buenas razones para creerlo así, introducidos por los fenicios en la Grecia europea, junto con buen número de artes industriales, tales como la tapicería, que ocupaba los ocios de las sacerdotisas de Aphrodita en Cos, Thera, Amorgos; la industria minera, la metalurgia, etc.

»Aphrodita y Heracles representan entrambos un punto culminante de la influencia fenicia; pero ejercida por dos diferentes ciudades. En efecto; mientras los colonos partieron de Sidón, es decir, de 1100 á 1600 antes de Jesucristo, defendieron el culto de la diosa de Escalón, Aphrodita Urania, aportando con ella en Grecia la blanca paloma, la paloma sagrada de los templos, y el mismo que acompaña por todas partes la diosa sidonense. Más tarde, cuando la prosperidad de Sidón decae, comienza la colonización tiria, representada por Heracles-Mekart. Pero ya en la época en que Tiro sucedió á Sidón, tenían los fenicios una

marina; he aquí por qué, en sus tradiciones immortalizadas por Homero, Sidon es el solo centro de la dominación marítima de los fenicios.

»Cuando los griegos de Asia, siguiendo los pasos de los fenicios, fundaron á su vez colonias, se decidieron por estos mismos cultos, como ya lo habían hecho en su patria; difundieron por su propia cuenta las religiones fenicias revestidas de una forma helenizada. Pelope y Egec fundaron también santuarios de Aphrodita. Esos nuevos colonos, que aparecen por la misma época y con los mismos caracteres, cumplen de esta suerte su obra bajo los auspicios fenicios; asimismo también propagan el culto de los planetas y todas las creaciones de la civilización oriental (1).»

Hemos visto hasta aquí demostradas las influencias fenicias sobre el desenvolvimiento de la civilización griega y su manera de proceder. Hemos visto á los fenicios, á la vez que transportaban á Grecia sus propios dioses, adoptar ó identificar con sus dioses aquellas concepciones teísticas de los pelasgos que podían armonizar perfectamente con las suyas.



Fig. 5.—Curioso vaso troyano.

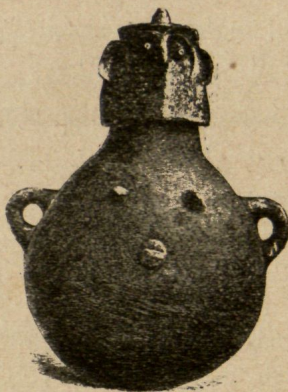


Fig. 6.—Vaso troyano remedando una mujer.

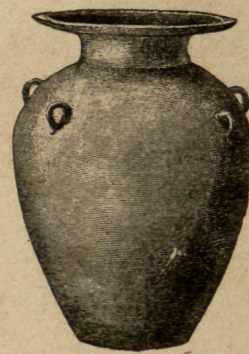


Fig. 7.—Jarra troyana barnizada.

Zeus, pues, como hemos dicho, se confundió con Baal; pero Curtius se ha equivocado, ó mejor dicho, ha sido víctima de una preocupación general, reinante veinte años atrás, acerca del carácter monoteísta de la religión helénica. Estuvo, si no de moda, rigiendo los estudios religiosos históricos que por dicho tiempo nacían, la creencia ó hipótesis de que todas las religiones en un principio eran monoteístas y que su desenvolvimiento mitológico era un efecto de la civilización de los pueblos. Esta teoría salvaba la tesis bíblica de haber conocido el hombre el verdadero Dios y haberse apartado de él por el pecado que castigó el Diluvio, y luego el hecho histórico que nos dice que por mucho que remontemos hallamos el hombre viviendo en pleno tiempo idolátrico y fetichista. Nosotros sabemos hoy positivamente cuán absurda es dicha teoría; el hombre no puede llegar á la concepción de un sér supremo sino cuando las ciencias positivas le han enseñado á sintetizar multitud de fenómenos naturales que antes se veía obligado á atribuir á otras tantas fuerzas contrarias é independientes. Por esto el monoteísmo religioso no ha tenido, como en nuestros días, una base más sólida; pues el monismo, enseñando la unidad de la Naturaleza, ensaya la unidad de Dios y la Naturaleza, un Dios que levanta y pone por fin de la Ciencia. Por esto Van

(1) CURTIUS, *Histoire grecque*, trad. por Bouché-Leclercq.—Paris, 1880, tomo I, págs. 59 y 66.

Tiele, ocupándose de este mismo Dios sin nombre de los pelasgos, dice con razón que: «Una divinidad sin nombre y sin imagen, cuando se trata de los antiguos tiempos, significa una fuerza natural aun no antropomorfizada.» Añadiendo á continuación que «el culto pelásgico no pudo ser todavía monoteísta, por cuanto á Zeus estaba asociada de toda certitud una deidad femenina» (1), deidad cuyo origen hemos visto cómo explica Curtius.

¿Quiere esto decir que los protohelénicos se atuvieran pura y exclusivamente á la teología fenicia? No, por cierto. Cuando Tiele dice que «en la religión griega ve el primero y magnífico fruto de la mezcla de los elementos arios con los semíticos y camíticos, la aurora de una era nueva», muestra que esta unión se obtiene ó se debe á las mismas causas que presiden los grandes progresos en civilización general; que á ello contribuyeron á la vez la naturaleza del país que habitaban, sus admirables disposiciones nativas y el constante comercio, ya de las diferentes tribus entre sí, ya de éstas con los representantes de una civilización más antigua y más adelantada, debiéndose considerar esta última razón como al



Figs. 8, 9 y 10.—Fragmentos de vasos pintados de Micenas.

principal. De donde resulta que la historia de la religión griega es uno de los ejemplos más notorios de la gran ley del desenvolvimiento, que quiere que éste sea tanto más completo y elevado cuanto más variadas sean las relaciones de un pueblo con los otros y cuanto más adelante se lleve el cruzamiento de las razas.

«A menudo—continúa—se puede distinguir con toda claridad en los mitos y en las figuras de las divinidades griegas los elementos nacionales y extranjeros. Así, en el mito de Zeus, su combate con Kronos, como el de este último con Uranos, su completa victoria sobre las fuerzas de la Naturaleza, su poder supremo y sin límites, son de origen semítico, mientras que su lucha con Prometheo, sus pasiones y sus atributos son de origen ariano. La bienhechora Demeter, la fecunda madre tierra, con su hija Core, la primavera florida engendrada por Zeus, protector de la agricultura y autor de la abundancia, es una divinidad positivamente griega, mientras que la sombría reina del reino subterráneo, que por Posidón viene á ser madre de la diosa de la muerte Persephone, es una divinidad extranjera, si no es semítica.»

Curtius estima, sin embargo, á Podisón y su culto como uno de tantos cuyo origen no se puede buscar en Siria, estimándolo como «uno de los cultos que se desarrollaron entre

(1) *Manuel de l'Histoire des Religions, etc.*, págs. 219 y 220.

ellos (los pelasgos), y que á la vez son el reflejo del genio nacional y la medida de los diferentes grados de su desenvolvimiento.»—«Posidón, dios de la mar, tiene un carácter bravío como su elemento: el rito de sus sacrificios humanos, anegamiento de caballos, etc. En su cortejo figuran salvajes titanes y otros genios malignos...» «Hubo un momento en que Posidón fué el principal de todos los navegadores griegos; sólo más tarde, en la mayor parte de las localidades, tuvo que ceder su rango á otros cultos que correspondían á un grado más elevado de civilización. Posidón tuvo que batirse en retirada delante de las divinidades verdaderamente helénicas.»

Tiene, pues, para nosotros verdadera importancia cuanto tenga relación con Posidón, ya que, cuando aparecen en la Historia los pelasgos thursenas, se presentan como un pueblo marítimo. Es, pues, más que probable que, al atacar á los egipcios, los thursenas lo hicieron bajo la protección de Posidón; pero los elementos extranjeros, dada la hipótesis de Curtius, es decir, los elementos egipcios y libicos de su mito, ¿qué explicación tienen? Curtius mismo escribe:—«Verdad es que en el acompañamiento de Posidón hay figuras que dan testimonio de los acontecimientos geográficos de los pueblos navegadores, como Proteo, el pastor marino, el encantador egipcio que conoce la dirección y las longitudes de los caminos del mar, y Atlas, el padre de las estrellas, que el piloto consulta, el compañero de Heracles Tyro, el guardián de los tesoros de Occidente.»—La explicación de estos elementos extranjeros, dada por Curtius, la tacharán los lectores, como nosotros, de sobrado pueril, tanto más cuanto que el Heracles ó Hércules helénico, no es otro que Melkart, y aquí vemos asociados los compañeros de Heracles ó Posidón, que, ó mucho nos equivocamos, ó lo que esto enseña es el momento en que el culto de Heracles se dobló en culto del dios protector del comercio y del tráfico, y en culto del dios de la mar, de la navegación. ¿Fué esto obra de los pelasgos? Aunque esto se probara, en modo alguno recibiría mayor autoridad lo dicho por Curtius. Protesta enérgicamente de ello el egipcio Proteo. Cuando tan fatales fueron para los pelasgos sus expediciones marítimas contra el Egipto, no se puede admitir que aceptaran sus divinidades por humildes que éstas fueran. Luego ya hemos visto que son otras las influencias. Pero si la Siria no nos enseña el prototipo de Posidón, la historia y Herodoto nos ponen en camino para encontrar su patria.

Hemos visto que los pelasgos thursenas, cuando aparecen en la historia, se presentan confederados con los libios. Esto es un hecho histórico innegable. Y este hecho histórico viene precisamente á autorizar lo que dice Herodoto en el párrafo L del libro II de su *Historia*, donde se dice terminantemente que:—«En cuanto á los dioses cuyos nombres no conocen los helenos, piensa que éstos vienen de los pelasgos; «exceptúase á Posidón, pues en los primeros tiempos el nombre de Posidón era sólo conocido por los libios. que tuvieron siempre por ese dios una gran veneración.» ¿Cómo, pues, podríamos prescindir del testimonio auténtico de Herodoto, quien declara, cuando menos, que en su tiempo se creía libico el dios Posidón y su culto, y de la posibilidad de esa filiación que igualmente resulta de las antiquísimas é íntimas relaciones de los pelasgos (thursenas) con los libios? No puede, pues, cabernos duda de que Posidón y la importancia de su culto se remontan á la época de las confederaciones libico-pelásgicas.

Pero en la vida entera religiosa de los griegos no hay época más importante que la de la aparición de Apolo; esta inaugura, en la historia de su desenvolvimiento intelectual, una especie de renacimiento y casi una nueva creación. En todas las ciudades griegas que nos

han legado un rico tesoro de leyendas, atribúyese á la venida del dios bienhechor una transformación del orden social, un florecimiento de vida y de inteligencia. Los caminos se abren, los cuarteles de las ciudades se regularizan, las ciudades se rodean de murallas, lo sagrado se separa de lo profano. Óyense resonar los cantos y las cuerdas de los instrumentos; los hombres se acercan á los dioses.

»Zeus les habla por medio de sus profetas, y el pecado, hasta el mismo homicidio, ya no pesan para siempre de una manera irremisible sobre los infortunados mortales; ya no se transmiten, como una maldición, de generación en generación; pues de la misma manera que el laurel purifica el aire mefítico, de la misma manera el dios coronado de laurel lava la mancha de sangre que mancilla á Orestes y le da la paz del alma; la temible autoridad de las erinnias es rota, y sobre sus restos se levanta el mundo de la armonía, el reino de la gracia y del poder.

»Los puntos donde se fijó el culto de Apolo, rodeaban como una cinta el continente griego, y bien que ese culto, como el de Artemis, se hayan reportado á leyendas indígenas que suben hasta los tiempos pelásgicos, el Apolo histórico no es por esto menos un dios esencialmente nuevo. En Grecia pasó constantemente por haber venido de fuera, y se verá en sus principales santuarios el término de su marcha. Llegó directamente del mar, que atravesó acompañado de un cortejo de delfines; ó bien, cuando avanza por el interior, viene de la costa, donde sus primeros altares se levantan á la orilla del agua, en las ensenadas coronadas de riberas escarpadas ó en la desembocadura de los ríos, altares fundados por los marinos de Creta, Lycia y de la primitiva Jonia, que de esta suerte dedicaron el país á su nuevo protector. Cuando nace Apolo, brota del suelo el primer laurel de Delos; en el continente, el laurel que crecía en la desembocadura del Peneo pasaba por ser el más antiguo.

»Tiene también la religión de Apolo sus diferentes grados de perfeccionamiento; es el dios algo más irritable en las montañas y bosques de Cipre, donde se adoraba á Apolo Hylatas, y entre los magnetas; bajo el nombre de Delphinios, es todavía un dios análogo á Posidón, un dios marino, como los Cabiros y los Dioscuros, que á la primavera calma las olas y abre la navegación; en fin, como dios Pythio se sienta en el trono de Delphos, y desde allí es el moderador de los Estados, hogar de luz y de justicia, convirtiéndose en centro intelectual del mundo helénico entero. Este Apolo es como el coronamiento del politeísmo helénico, que transfiguró y llevó á la perfección de que era susceptible. Si desde esta altura se echa una mirada atrás, si se remonta hasta la idea de Dios, tal cual los griegos la trajeron de la patria común de los pueblos arios, y que conservaron en tanto fueron pelasgos, se adivina que hubo de pesar durante los siglos transcurridos desde las primeras relaciones de los griegos con los fenicios y la inauguración de un comercio mucho más fecundo con los griegos del Asia, hasta el día que la imaginación griega hubo completado el grupo de sus dioses.»

Así habla Curtius en la obra citada y páginas 69 y 70, y á esto sólo tenemos que añadir unos párrafos en averiguación de la procedencia de ese dios extranjero, que vino á ser para la humanidad pagana lo que Cristo para la humanidad cristiana, y en quien se resumen en sus aspectos la historia entera de la civilización helénica.

Apolo, como dios cazador, *Argaios*, preside la destrucción de los animales salvajes enemigos de los hombres. Es decir, es el dios del primitivo hombre, cuando su vida se consume defendiéndose de las bestias salvajes. Por esto sus flechas son mortales de necesidad y sus victorias decisivas. Del estado cazador pasa Apolo, como el hombre, al estado pastoral; así

fué adorado como dios pastor *Nomios Karneios*, antiguo pastor de los rebaños de Admete y de Laomedón. Tan pronto la humanidad se fija y se subordina, aparece el Apolo, podríamos decirlo así, policía, el guardián de la casa y de los caminos, es decir, que simboliza el primero y más deseado fruto de la civilización, la seguridad personal; tal es Apolo *Agyieus*, que vela puesto al dintel de cada casa, y sirve de guía en los caminos. Como dios de este primer estado de subordinación social, es también el constructor de ciudades y de altares, y en compañía de Posidón y del mortal Eaco, construye los muros de Troya. Pero como los pueblos, una vez fuertemente constituidos y subordinados, sienten la necesidad de extenderse, Apolo es también el dios conductor de colonias, el colonizador *Archegetes*, *Ktistes*, *Oikistes*, *Domatites*, y así la fábula dice que, transformado en cuervo, guió á Balto á la fundación de Cyrene, y también que, acompañado del Delfín, como dios de la navegación, Apolo Delfios conduce los colonos por los mares.

Desde este momento, el dios que ha presidido el desenvolvimiento de la civilización, personificando cada uno de sus estados, ahora que los pueblos tienen ya asiento fijo y que se han extendido por la tierra formando pueblos, va á transformarse en dios inventor de todo cuanto importa en primer término al progreso del hombre y de las ciudades.

Así aparece desde luego como dios de la poesía y de la música, como inventor de la lira y de la cítara, como cabeza del coro de las musas, como Apolo *Musagetes*. Así preside las luchas poéticas y musicales, que tan gran papel é importancia tuvieron en la civilización helénica, luchas que sólo aparecen luego en los momentos culminantes de la cultura de los varios pueblos de la tierra. Lo que Platón dice de la enseñanza de la música y del canto, y de la poesía en *Las leyes*, es lo que se dijeron seguramente los primeros helenos al instituir dichas fiestas, que si luego degeneraron en vanos placeres, fueron en un principio fuentes de la educación y cultura griegas. «Para que el alma de los jóvenes no se acostumbre á sentimientos de placer ó de dolor contrarios á la ley y á lo que ésta recomienda, y que antes bien en sus gustos ó aversiones acepte ó deseche los mismos objetos que la ancianidad, se inventaron con dicha mira los cantos, que son verdaderos encantamientos, destinados á producir esta conformidad de qué hablamos. Y como los jóvenes no pueden sufrir nada que sea serio, ha sido preciso disfrazar estos encantamientos con el nombre de juegos y cantos, y de esta manera hacérseles aceptar, á semejanza del médico que, para volver la salud á los débiles y á los enfermos, mezcla con los alimentos y brebajes agradables al paladar los remedios propios para curarles, y mezcla lo amargo con lo que podría serles dañoso, para acostumarles, consultando su propio bien, á que gusten del alimento saludable y repugnen el que no lo es, en la misma forma, un legislador hábil comprometerá al poeta y hasta le obligará, si es preciso, mediante el rigor de las leyes, á expresar en palabras bellas y dignas de alabanza, así como en sus himnos, figuras y acordes, el carácter de un alma moderada, fuerte y virtuosa» (1).

Esto dicho, se comprenderá la gran significación que tiene Apolo como dios de la música y de la poesía. Que cuando las costumbres y las artes se corrompieron, junto con las primitivas máximas religiosas, Apolo se convirtiera en un mero dios de las bellas artes, esto no quita que los ilustrados helénicos no conocieran desde el primer momento, ni en los momentos subsiguientes, el alto valor de la música para formar la moral de los pue-

(1) PLATÓN.—*Las leyes*, traducción de D. P. Azcárate, Madrid, 1872, tomo I, págs. 117 y 118.

blos, y esto, veremos claro más adelante, cuando nos ocupemos detenidamente de la cultura de los griegos, recordando lo que el mismo Aristóteles, que es el polo opuesto de Platón, enseña sobre la influencia de la música en las costumbres de los pueblos.

El entusiasmo por el cultivo de la música lo fomentaban mil anécdotas que la credulidad de los tiempos no se detenía en juzgar de su verosimilitud. Los mismos hombres graves las acogían sin reserva, y en todas ellas aparece la intervención milagrosa de Apolo. Citaremos en prueba el caso de Arión, tal cual puede leerse en Herodoto; que si hoy puede acusarse al padre de la Historia de haber llenado sus libros historiales de fábulas indignas de la historia, es necesario tener presente que nada se presta tanto al ridículo como las fábulas religiosas que en las edades de la fe tienen todos los caracteres de hechos reales y positivos; además, por ejemplo, son hoy tantos y tantos los que juran que San Antonio atraía á los peces con el sonido de su campanilla, que para éstos puede ser también cierto que Arión atrajo con su cítara al delfín de Apolo que le salvó de la muerte, ¿ó es que ha de poder menos la artística cítara que la rústica campanilla?

Cuenta, pues, Herodoto, en el libro I y párrafo XIV, que Arión, celeberrimo músico, habiendo hecho una gran fortuna en Italia, determinó regresar á su patria, á cuyo efecto resolvió fletar un buque corintio que le transportara á él y á sus riquezas. Estas tentaron la codicia de los marineros, que resolvieron deshacerse del músico de una ú otra manera. Así, le participaron su formal resolución de darle muerte, dejándole escoger entre estos dos modos de morir: ó bien se daba él mismo muerte, en cuyo caso los piadosos marineros darían sepultura á su cuerpo, y ya saben los lectores lo que esto significa, pues en Grecia hallamos las mismas supersticiones que en los pueblos más salvajes, ó bien se arrojaba al mar. Arión, convencido de su triste suerte, optó porque el mar le diera sepultura; pero antes de dar el tremendo salto, rogó á los marineros le permitieran vestir su más rico traje y cantar por última vez. Accedieron, tanto más gustosos, á esto los marineros, cuanto que, como dice Herodoto, había de proporcionarles la satisfacción de oír al célebre músico. Retiráronse, pues, al centro del buque; en tanto, Arión, vestido lujosamente, entonaba á proa su último canto, arrojándose en seguida al mar. Pero mientras el buque corría á Corinto impulsado por un flojo viento, un veloz delfín—recuérdese que Apolo, cuando cruzaba los mares, iba siempre acompañado de una banda de delfines—le recogió en sus espaldas, y más rápido que el buque llegó á la costa. Arión puso en seguida en conocimiento del rey lo que le había pasado, á lo que naturalmente no quería darle crédito; pero á la llegada del buque preguntó á los marineros por Arión, y éstos declararon unánimes que lo habían dejado en Italia, donde gozaba sus inmensas riquezas, y como en este instante se presentara Arión, aterrados los marineros confesaron su crimen.

Luego aparece Apolo bajo el aspecto del dios de la ciencia y de la gobernación de los Estados, como dios de la adivinación y de los oráculos. «Apolo, dice Ronchaud, preside toda inspiración poética ó profética. La institución de los oráculos está unida á los progresos de la civilización, y adquieren una tan grande influencia, que el más célebre de todos, el de Delfos, vino á ser la metrópoli religiosa de la Grecia entera y la capital política de los pueblos, que enviaban representantes á la asamblea anfictiónica de Delfos. Los mismos bárbaros enviaban presentes al templo de Delfos.» Y en verdad, cuantos acudían al dios de Delfos nada omitían para hacérselo propicio. De modo que si hemos de juzgar de su influencia por la veneración y culto que le daban los pueblos de la Grecia y los pueblos arios del Asia Menor, y

por los presentes que de ellos merecía, no podemos menos de reconocer que su acción era decisiva sobre la sociedad helénica. Júzguese por el relato de la consulta de Creso, tal como aparece en Herodoto. Dice éste «que el príncipe procura hacerse propicio al dios de Delfos por medio de suntuosos sacrificios, en los cuales inmoló tres mil víctimas de todas clases de animales que era permitido ofrecer á los dioses. Hizo luego quemar sobre una gran hoguera lechos dorados y plateados, vasos de oro, ropas purpúreas y otras telas, creyendo con tal profusión hacerse propicio al dios. Mandó además á los lidios que inmolasen todos los animales que estuvieran bajo su mano. Después de ese sacrificio, hizo fundir una prodigiosa cantidad de oro, é hizo de él diecisiete semiplintos, de los cuales los mayores tenían seis palmos y los más pequeños tres, por uno de espesor. Había entre ellos cuatro de oro fino, del peso de un talento y medio; los otros eran de un oro pálido, y pesaban dos talentos. Mandó hacer igualmente un león de oro fino, del peso de diez talentos, y le colocó sobre esos semiplintos; pero cayó cuando fué incendiado el templo de Delfos. Ahora se encuentra en el tesoro de los corintios, y no pesa más que seis talentos y medio porque cuando el incendio del templo, se derretieron del mismo tres talentos y medio. Acabadas estas obras, las envió Creso á Delfos, con muchos otros presentes, dos cráteres extremadamente grandes, de oro el uno y de plata el otro. El primero estaba á la derecha, al entrar en el templo, y el segundo á la izquierda. Luego se trasladaron á otros puntos, cuando el incendio del templo. El crater de oro está hoy en poder de los clazominianos y pesa ocho talentos y medio y doce minas. El de plata está en el ángulo del vestibulo del templo, y tiene seiscientas ánforas.»—«Dícese que es obra de Theodoro de Saucos, y yo lo creo, tanto más, cuanto que esta pieza me parece de un trabajo exquisito. El mismo príncipe envió también cuatro moyos de plata, que están en el tesoro de los corintios; dos fuentes para el agua lustral, de las cuales una es de oro y la otra de plata.»—«A estos dones añadió Creso otros de menos precio, por ejemplo, platos de forma redonda, y una estatua de oro de tres codos de alto, representando una mujer.»—«Además, hizo presentes de los collares y cinturones de la reina, su mujer; tales fueron los presentes que á Delfos hizo Creso.» (1)

Fueron causas de estos presentes un oráculo ó respuesta del dios á la pregunta de si debía declarar ó no la guerra á los persas. La pithia respondió lo siguiente: «Conozco el número de los grados del mar y los límites del mar; conozco el lenguaje de los mudos y oigo la voz de los que no hablan. Mis sentidos están afectados por el olor de una tortuga que se ha hecho cocer con la carne de un corderillo en una caldera de cobre, cuya tapadera es también de cobre.» Lo que le pareció á Creso de una alta sabiduría.

Dicho se está que lo que hizo famoso á Apolo fueron otra clase de dichos y hechos que sirvieron á Esquilo para una de sus más dramáticas tragedias.

Para nosotros, Apolo, es el dios ario por excelencia y nos basta su origen como Apolo hiperbóreo. Ciertamente no hay un solo testimonio que afirme el nacimiento de Apolo en las regiones hiperbóreas; pero el peano de Alceo nos dice de un lado que cuando Zeus, á poco de haber nacido su hijo Apolo, le dió un vestido magnífico y una mitra de oro y una lira y un carro tirado por cisnes, para que fuera junto á la fuente Castalia, en Delfos, para pronunciar sus oráculos, que el repazuelo, lejos de obedecer á su padre, se marchó al país de los hiperbóreos, de donde no pudieron hacerle regresar los himnos y peanos de los delfianos sino

(1) *Historia*, libro I, L y LI.

tras una larga ausencia, y que á su llegada «rompe el canto de los ruisseños, de las golondrinas y de las cigarras, pareciendo que la naturaleza entera saludaba la llegada del dios de la Armonía» (1).

Por otro lado la misma tradición que le presenta originario del Archipiélago, recuerda que Apolo iba todos los años á pasar una larga temporada, y esto explicaban unos como efecto de una sentencia de Zeus, por haber dado muerte al dragon Phitón, otros como una consecuencia de las costumbres vagabundas del dios, muy enamorado de los largos viajes y paseos. ¿Pero por qué ese viaje á las regiones hiperbóreas, es decir, á esa región del otro lado del Bóreo, del dios del invierno y de los huracanes? M. Decharme, cuya manera de ver no compartimos, dice, sin embargo, que «se conocían á los hiperbóreos como los sacerdotes y los servidores queridos del dios. Cuando éste los abandonaba, continuaban por esto honrándolo, y hacían llegar hasta él sus ofrendas á Delos ó á Delfos, y las tradiciones de esos dos países atribuyen á ese pueblo místico un importante papel en la institución del culto de Apolo en Grecia. Recordaba ese culto, por medio de ritos especiales, la estancia del dios entre los hiperbóreos. Á últimos de otoño, himnos que debían tener un carácter grave y triste cantaban la marcha (*apodemia*) de Apolo por su retiro favorito; al renovarse el buen tiempo, resonaban himnos de un tono diferente en Delos y Delfos: eran los himnos *Kletikoi* que invocaban el regreso del dios, por tanto tiempo ausente, y que saludaban su llegada. En este momento decíase que Apolo regresaba de la región hiperbórea, montado sobre un carro que llevaba rápidamente por los aires un vuelo de infatigables cisnes» (2).

En efecto; esto se desprende de lo dicho por Herodoto y Pausanias; pero hay algo más que notar en lo que dicen entrambos autores. Herodoto cuenta que los presentes de los hiperbóreos llegaban á la isla de Delos, «pasando de pueblo en pueblo, hasta llegar lo más lejos posible en Occidente, hasta el mar Adriático» (3).

Esto indica de qué lado debe buscarse la región hiperbórea, y desde luego declara que no estaba al norte de Rusia, pues entonces hubiesen llegado los presentes por el mar Negro. Sólo los pueblos del norte de Alemania, Dinamarca y Suecia pueden utilizar como más cómoda y rápida la vía del Adriático para llegar á Grecia y al Archipiélago, y nos parece que aquí tenemos un nuevo é interesante dato que añadir á la suma de los que declaran en favor de la tesis de los orígenes europeos. Pero Pausanias es aún más explícito, pues terminantemente dice en su *Descripción de Grecia*, «que el oráculo de Delfos fué instituido por los hiperbóreos» (4).

Todo esto nos lleva, pues, á persistir en nuestra opinión sobre el origen puramente europeo de Apolo. Apolo tal vez no llegó á Grecia sino con los dorios. El dios principal de ese pueblo ó gente, según lo ha demostrado Müller, fué Apolo, y aun cuando parece incuestionable la existencia del culto de Apolo en Grecia, y aun en Delfos, para épocas mucho más lejanas, pudo muy bien no desarrollarse el culto de dicho dios y no adquirir toda su influencia hasta la conquista doria. Ciertamente que con los dorios no llegamos á los orígenes del culto de Apolo, que sobre esto no sabemos si cabe mayor averiguación que la que hemos hecho; pero

(1) DECHARME.—*Mythologie de la Grèce antique*.—Mitología de la Grecia antigua, París, 1879, pág. 105.

(2) Obra citada, págs. 103 y 104.

(3) *Historia*, Lib. IV, LXXIII.

(4) PAUSANIAS.—Publicado por L. Dindórf.—*Colec. Didot*, Lib. V, VII.

sí llegamos al momento supremo del desenvolvimiento de la civilización helénica, gracias al influjo de las ideas que se personificaron en Apolo.

Pero hemos hablado largamente de los helenos sin decir de dónde habían venido ni quiénes eran. Les hemos sustituido á los pelasgos sin decir palabra, y ahora es justo, cuando en Grecia aparece un nuevo pueblo, el pueblo dorio, ver si en realidad existen diferencias fundamentales entre estos primitivos pueblos de Europa.

Pelasgos, helenos y dorios aparecen en la Historia como pueblos rivales. Los dos primeros dábanse como los aborígenes de la Grecia, y por lo que toca á los helenos, la Heladia primitiva era el país de Dodona; allí habitaban, dice Aristóteles, «los *selloi* y aquellos á quienes entonces se llamaban graikos, y que hoy se llaman helenos. Graikos en griego es un sinónimo de heleno que ha cambiado en *h* la *s* inicial primitiva y que se ha desarrollado merced á una *n* final. Por consiguiente, uno y otro nombre designan á un mismo pueblo» (1).



Figs. 11 y 12.—Fragmentos de vasos pintados de Micenas.

Por consiguiente, si es fácil establecer una diferencia entre pelasgos y helenos, no lo es el averiguar el origen de estos últimos. Curtius ha dicho con toda exactitud que «los helenos, como su lengua, se presentan por primera vez ya en estado de fraccionamiento; propiamente hablando, no existen los helenos, sino jonios, dorios y eolios. Refugióse en las tribus toda la energía de la raza, es de ellas de donde parten todas las grandes impulsiones; así se distingue un arte dorio y un espíritu jónico en las costumbres, las constituciones y la filosofía. Encuéntrase ciertamente en todas estas cosas al lado de lo que constituye su fisonomía particular, el sello común del genio helénico sin embargo, no entran sino gradualmente en el dominio común; la vitalidad propia de cada tribu debía agotarse antes que un tipo general, el helénico, pudiese prevalecer en la lengua, la literatura y el arte.

La existencia de esas diferencias profundas en el seno del pueblo griego, suponen ciertamente buen número de revoluciones, de emigraciones y de peregrinaciones. Los helenos hubieron de fijarse en localidades muy diversas, y en las cuales unos se convirtieron en dorios y otros en jónicos. ¿Hasta qué punto podremos formarnos una idea de esas oscuras vicisitudes que forman el punto de partida de la historia griega?

(1) ARBOIS DE JUBAINVILLE.—*Op. et loc. cit.*, págs. 247 y 248.

Hemos visto cómo las más antiguas tradiciones ponen la primera patria de los helenos en Dodona, á orillas del Achelous; pues bien, esa misma Dodona era para los antiguos griegos una fundación pelasga. Nada hay en lo pelasgo que se oponga á lo helénico, y como dice muy bien Curtius, el primer heleno, el Aquiles de la *Iliada*, dirige sus plegarias al «zeus pelásgico. Strabón y Herodoto consideran á los pelasgos como el tronco primitivo de toda la raza helénica, son los prehelenos». Sin embargo, esto no quiere decir que pelasgos y helenos sean un solo y mismo pueblo; no son simplemente nombres diferentes aplicados á un mismo objeto.

»Esto es imposible, pues hasta se ve que los helenos llevaron con ellos una nueva vitalidad. La época pelásgica se extiende á retaguardia como una vasta y remota soledad: «Heleno y sus hijos» dan la impulsión y el movimiento; á su llegada principia la Historia. Es preciso, pues, ver bajo esos nombres tribus dotadas de aptitudes diferentes, animadas de un genio diferente, elevándose del seno de un gran pueblo y abriéndose por la fuerza de las

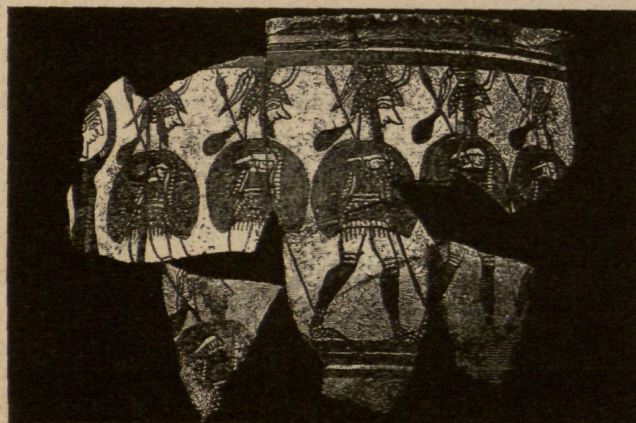


Fig. 13.—Fragmento de un vaso pintado.—Representación de la figura humana.

armas un campo más vasto. Las unas se engrandecen, las otras desaparecen, y al fin y al cabo el nombre nuevo de los helenos acaba por imponerse. Antes de procurar poner en claro este hecho capital, es necesario ver si podremos hacernos una idea clara del punto de partida y del modo de difusión de las tribus helénicas.

Por lo que toca á los dorios, se sabe de dónde venían. Descendieron de las montañas de la Thesalia y continuaron marchando hacia el Mediodía, etapa por etapa, abriéndose el camino á viva fuerza.

Mas la tradición es muda por lo que toca á los hechos y gestos de los jónicos. Por consiguiente, sus conquistas y sus colonias pertenecen á una época anterior. Las localidades donde se les encuentra por la primera vez son, ó bien islas, ó á lo largo de las costas; sus peregrinaciones, por lo menos por lo que de ellas sabemos, tomaron el camino del mar; y es, en fin, el mar sólo el que sirve de lazo entre sus colonias esparcidas á lo lejos. Mas antes de llegar á esa difusión esporádica, dicho se está que hubieron de vivir reunidos en una patria común, donde constituyeron su lengua, sus costumbres y prepararon los medios que hicieran posible una difusión tan grande. Ahora bien; sólo en Asia es donde se encuentra una tierra jónica de alguna extensión.» (1)

(1) CURTIUS, *Histoire greque*, etc., t. I, págs. 31, 32, 34 y 35.
Tomo II.

Esta tierra jónica asiática parece haber sido el centro del elemento jónico, y en verdad nada se opone á su origen autoctónico. Fuera ó no fuera, pues, los jónicos originarios del Asia Menor, es lo cierto que en Asia se desarrolló su civilización y que, habiendo presidido á los helenos en Grecia, la primitiva cultura de la península, que tan brillante papel había de desempeñar en la historia de la Humanidad, es jónica, y sobre este fondo jónico vinieron á ejercer sus influencias los pueblos del Norte, helenos y dorios, y los pueblos del Sur, los fenicios. Los resultados del choque de los pueblos europeos y asiáticos, del recíproco cambio de ideas y del entrelazamiento de sus usos y costumbres y uniones de razas distintas, fué el de forjar los primeros eslabones de la incomparable cadena de la civilización helénica, eslabones que, reunidos, constituyen ese admirable panteón helénico, cuyos dioses y semidioses, dioses y héroes, presidieron durante siglos el desenvolvimiento de la civilización de Europa, que devolvió con creces á ese mismo Oriente, que tanto había hecho por nuestra cultura, con verdadera prodigalidad, los frutos de su trabajo.

En efecto. «La historia de los dioses es el prefacio de la historia del pueblo, y al mismo tiempo del país; pues también el mismo país se transformó en este intervalo; los bosques disminuyeron, cediendo su puesto á un cultivo más productivo.

»Al entrar en la Heladia los dioses de Oriente, llevaron con ellos los vegetales que se les habían consagrado, y que eran indispensables á su culto: la vid, el olivo, el mirto, la granada, el ciprés, el plátano y la palmera. Atenas creía poseer todavía las primicias de esas ricas plantaciones, el olivo plantado por la misma diosa, y ese mismo árbol tenía un carácter sagrado en Tiro, dentro del recinto del templo de Heracles. Antes de que se pensara en construir templos, esos árboles eran la imagen viva de las mansiones de las divinidades; á sus ramas se suspendían las primeras ofrendas, en sus troncos se esculpían las informes imágenes de los seres invisibles. A los que hemos citado es necesario añadir el brío—probablemente el algodón arborescente—que las sacerdotisas de Afrodita—Venus—empleaban en sus tejidos, y el styrax, del cual habían traído los fenicios la perfumada resina de Arabia á Grecia, antes de que los colonos cretenses hubiesen aclimatado el mismo arbusto en Beocia. El culto helénico no podía pasarse de los perfumes de Oriente.

»Esta disparatada reunión de dioses y de cultos se fundió bajo la poderosa presión del genio griego, en un todo compacto que se presenta á nosotros completamente acabado y sellado con el sello nacional, tanto, que apenas podemos sorprender aquí y allá algunos rastros de la elaboración progresiva de donde salió.

»La leyenda histórica nos da mayores noticias sobre las épocas de la historia primitiva, pues hace revivir un tiempo en que los pelasgos autóctonos fueron arrancados á la monotonía de su existencia ó se fundieron en nuevos cultos, en que la actividad abrió nuevas vías, en que las sociedades se constituyeron sobre nuevas bases que debían asegurar su prosperidad futura. Los autores de esas instituciones son personajes semejantes á los hombres; pero más grandes, más majestuosos y que están más cerca de los inmortales. No son vanos fantasmas creados por un juego de la imaginación, sino que representan actos y hechos reales encarnados en ellos y que en ellos reviven. La historia de los héroes tiene un fondo auténtico, y no hay de arbitrario en ella más que lo que añadieron los mitógrafos para coordinar las aisladas leyendas é introducir en ellas una cronología sistemática. Así se explica, de una parte, el concierto que reina sobre la Naturaleza y el carácter de los héroes; de la

otra, su multiplicidad y la divinidad de los grupos que personifican las diversas fases del progreso, en épocas y lugares diferentes.

»De todos esos personajes, el más popular en Grecia, desde Creta á Macedonia, fué Heracles. Salvo algunos rasgos propios todavía de un dios, aparece generalmente como un héroe que, al domar las desordenadas fuerzas de la Naturaleza, ha permitido sentar un orden de cosas racional; es el símbolo popular de la tarea obligada de la primera persona de la civilización, símbolo transmitido por los fenicios á los griegos de Oriente, y por éstos transmitido á sus hermanos de Occidente. Allí donde las tribus tirrenianas ó jónicas se unieron á los tirios para poblar sus colonias, Jolaos aparece como compañero de armas de Heracles—Hércules;—allí donde los griegos aniquilaron de una manera más completa la influencia fenicia, el héroe tirio, transfigurado, toma el nombre de Theseo.

»Las localidades infeudadas de una manera más particular á Heracles son Argos y Thebas, también aquellas donde la leyenda se desarrolla más lozana, encuadrando en sus ficciones las memorias del pasado. El hospitalario golfo de Argos estaba destinado por la Naturaleza á ser el primer punto de contacto entre los pueblos navegadores y la tierra firme, no hay en Heladia otra comarca que tenga una historia más variada para la época antehistórica. Por prueba de ello tenemos el ciclo de las leyendas indígenas: Argos, trayendo de Libia la semilla del trigo; Jo, errando á través de todos los mares, y cuya posteridad vagabunda, transplantada á orillas del Nilo, regresa á la madre patria con Danao, su patriarca indígena, que resulta ser á la vez padre de una raza de todo punto griega, el fundador del culto de Apolo Lycio, y el hijo de Delo, el que viene, en fin, al abordar con su pentacóntora á la desembocadura del Inachos, viene á revelar á los griegos el arte de la navegación. La fusión de elementos indígenas y extranjeros se encuentra, pues, en la persona de su antecesor.»

»También pertenecen al país de los danaos Agenor, que trae á Argólida el arte de domar los caballos; el rey Proetos, que construye murallas con auxilio de los cíclopes de Lycia; Perseo, que viajó dentro de una caja de madera; Palamedes, el héroe de la ciudad de Nauplia, construida sobre un aislado promontorio, el inventor del arte náutico, de los faros, de los pesos y medidas, de la escritura y del cálculo. Todos esos personajes, de tan diversa fisonomía, prueban, en suma, la misma cosa, que no pudo ser inventada por aquí, y es, que los primeros emigrantes que pusieron el pie en el litoral, eran marinos venidos de Fenicia, de Egipto, de Asia Menor, y que á fuerza de asimilarse por su intermediación, la población indígena toda clase de novedades, se transformó de esta suerte, digámoslo así, radicalmente.

»Tiene el Palamedes argio su pareja en el istmo, frecuentado de muy antiguo por los fenicios y sus émulos los griegos navegantes; tal es el astuto Lisipho, el tipo del habitante de la costa, cuyo malicioso espíritu contrasta con la simplicidad de los habitantes del interior. Por la misma razón, la tradición le da como inventor del culto de Melikarte, de la misma manera que Egeo y el rey Porphyrión, «el hombre de la púrpura», introducen en Ática el culto de Aphrodita.

»La más precisa memoria de los progresos de que es deudora la Grecia al Oriente, se conservó en la leyenda de Cadmos. Parte de la orilla opuesta donde habitan sus hermanos Phoenix y Cilix, y avanza vagabundeando siguiendo las huellas de Europa hacia Occidente; y por doquiera aparece, lo mismo en Rhodas que en Tera, en la costa de Boecia que en Thasos ó Samothracia, como el genio de la civilización; bajo la protección de Aphrodita, ciudades destinadas á una celebridad durable, son por él construidas y dotadas de todas las artes de la

guerra y de la paz; al mismo tiempo es tronco de razas reales y sacerdotales que conservan su prestigio entre los griegos hasta muy entrada la época histórica.

»En fin, en Thessalia, la leyenda histórica se agrupa alrededor del golfo de Pagase, alrededor de la rada de Jolcos, cuyas tranquilas aguas vieron partir á Jasón en su deleznable esquife, y con él multitud de héroes en busca de aventuras.

»Toda la vida, toda la actividad de las agrupaciones griegas, cuyos buques poco á poco aproximaron todas las costas, haciendo entrar en relación á todos los helenos de los diferentes países, nos viene referido en el vasto ciclo de leyendas que rodean al piloto de Argos y sus compañeros. Todas esas leyendas heroicas escogen preferentemente para teatro de sus narraciones la costa oriental, prueba evidente de que en parte alguna la impulsión no vino del interior, sino que todos los grandes sucesos, por lo menos aquellos de que los griegos guardaron memoria, han tenido por causa el contacto de los indígenas con los emigrantes que llegaron por mar.

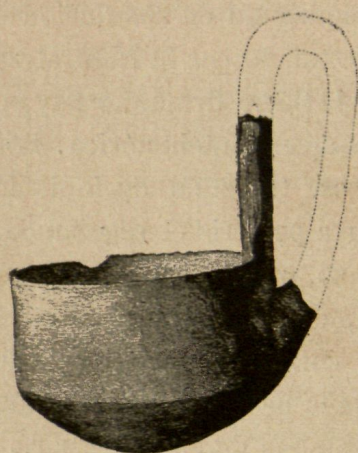


Fig. 14.—Cyathus.

»Difiere esta tradición popular esencialmente de las ideas que más tarde corrieron, y que fueron producto de la reflexión, perteneciendo, por consiguiente, á una época en que los griegos procuraban esclarecer los orígenes de su historia. En efecto; cuando hubieron visto por sus propios ojos los imperios de Oriente; cuando hubieron comparado con las pirámides la edad de las murallas de sus ciudades, y adquirido conocimiento de la cronología sacerdotal, esta imponente antigüedad, esta tradición escrita, que se desarrollaba á través de millares de años y que les explicaban locuaces sacerdotes, hizo sobre ellos una impresión tal, que desde entonces no hubo nada en Grecia que no hiciesen remontar á este origen.

Ya se hizo más cuestión de intermediarios griegos entre el Oriente y el Occidente; por lo contrario, Cecrops, el primer rey de Atenas, semihombre, semiserpiente, lo mismo que las sacerdotisas de Dodona, fueron considerados como refugiados egipcios; los dioses, lo mismo que sus fiestas, pasaron por haber venido de dicho país. Es bajo la influencia de esta impresión y de las tendencias que desde el siglo VII antes de Jesucristo dominan los espíritus más ilustrados de la nación que la mayor parte de los antiguos historiadores y el mismo Herodoto describieron sus obras.

»Nosotros creemos, interrogando los vestigios de una tradición más auténtica, poder restituir á los fenicios, lo mismo que á los pueblos semigriegos y griegos de Oriente, cuyo genio despertaron, su verdadero papel histórico, y ponernos por hoy en estado de comprender mejor el progreso de la nacionalidad griega, la transición entre las tinieblas de la época pelágica y los primeros albores de la historia griega.

»De las dos mitades de la nación griega, hemos visto á una, destinada á convertirse más adelante en la tribu de los dorios, instalarse en las montañas del norte de Grecia y á la otra implantarse en el litoral del Asia Menor y en las islas. Es esta última la que allá por los siglos XV antes de nuestra época pone en conmoción el mundo del extremo Oriente mediterráneo. Los griegos de las costas y de las islas se esparraman por todas partes, se aclimatan en el Bajo Egipto, en las colonias fenicias, lo mismo que en Cerdeña y en Sicilia, se difunden por todo el archipiélago, desde Creta á Thracia; de su patria y de sus varios esta-

blecimientos parten enjambres de colonos que desembarcan en las orillas de la Grecia europea. Principian por la costa oriental, luego rodean el cabo Maleo, aportan generalmente por el Oeste. Limitanse por de pronto á actos de piratería; luego, con el tiempo, se establecen sólidamente á lo largo de los golfos, de los estrechos, de las desembocaduras de los ríos y se confunden con la población pelásgica, aparecen con los nombres de Carios y de Lelegas, como adoradores de Posidón. Un gran número de nombres de lugar, derivados de una misma raíz, Aegæ, Aegión, Aegina, Aegila, que todos á la vez designan ciertos puntos de la costa y antiguos santuarios de Posidón, son como el *memento* de este primer período de colonización. En efecto; eran naturalmente marinos extranjeros que daban nombres á las islas y á los puntos de la costa que hasta entonces habían quedado bajo su dominación. Es igualmente fácil de reconocer en los nombres de Samos, Samicón, Same, Samothracia, un grupo de



Fig. 15.—Cerámica griega primitiva.

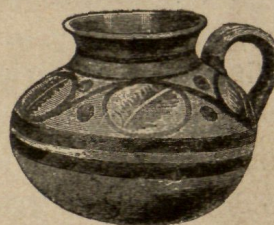


Fig. 16.—Cerámica de Micenas.

nombres similares que se repiten á una y otra costa del mar Egeo, siempre asociados al culto de Posidón.

»Una serie de cultos más recientes atestiguan los progresos del sentido moral entre los griegos navegadores y la influencia de día en día más íntima y más afortunada de su colonización. Desde este momento aparecen los griegos de Oriente con los nombres más preciosos; trátase ya ahora de cretenses, dardanios y licios. La leyenda se hace más clara y afirmativa, y detalla de una manera más minuciosa los beneficios de los recién venidos. Es, á contar de este momento, que se ve aparecer, entre esos recuerdos, á los mismos jónicos; pues aun cuando su nombre no haya sido adoptado para designar colectivamente á los griegos de Asia, como el nombre Javanim lo era en Oriente, por lo menos encontramos huellas perfectamente seguras de la emigración jónica á la costa oriental de la Grecia de Europa. De la bahía de Marathon vemos á los jónicos, á los apóstoles de Apolo, avanzar por la Ática, y la más antigua ciudad del Peloponeso, Argos, el país de las leyendas, se llama la «jónica Argos». Encontramos á los jónicos en las playas de Thessalia y en las dos orillas del estrecho de Eubea; la misma isla era entonces llamada Hellopia, del nombre de un hijo de Jon; fijáronse al sud de Beocia, y particularmente en el valle de Asopos, y por la ladera del Helicón que mira al mar; mezclados con los licios, ocupan la costa oriental de la Ática, las orillas del golfo Sarónico y de la mar de Corinto, y la Argólida hasta el mar Atalen. Del otro lado, al Oeste, el nombre del mar jónico indica bastante quién, de concierto con las tribus leleges, abrió esos parajes «á las vías húmedas», quién implantó en esos lugares la civilización, re-

presentada á nuestros ojos por el rey Ulises y el pueblo navegador de los taphianos, y quien propagó hasta en Istria el fecundo cultivo del olivo.

»Así, en los principios de la historia, encontramos el macizo montañoso de la Helladia europea, rodeada de una población formada por una mezcla de pelásgicos y de jónicos; los colonos llegados por mar, y, por consiguiente, sin mujeres la mayorparte, se habían ya fundido con la población pelásgica en la época en que los montañeses del Norte se precipitaron sobre el litoral que, en oposición á las tribus más recientes, parecían formar una raza homogénea. Esos jónicos pelásgicos introdujeron con ellos, no sólo el arte de la navegación, sino también el arte de sacar partido del suelo, una agricultura más variada y más sabia. Se ve de ello la prueba en la explotación de las tierras pantanosas, situadas á lo largo de los ríos y de los lagos, explotación que, en Boecia, se atribuye expresamente á colonos extranjeros llegados por mar, lo mismo que el arte con que sus ciudades están plantadas y fortificadas. Los nombres más comúnmente usados en uno y otro lado del mar para ciudades y ciudadelas son los de Larrisa y Argos. Y sólo se encuentran, como ya lo observó Strabon, en terrenos de aluvión, y es muy natural que pueblos que se habían fijado en un principio en las desembocaduras de los ríos del Asia Menor, hayan sido los más capaces de dar al cultivo semejantes terrenos.

»Gracias á la influencia de los griegos navegantes de Oriente, una civilización poco más ó menos informe tomó posesión de todas las costas que encierran el Archipiélago. Este es el teatro de las primeras escenas de la historia griega, y si hemos estimado en su valor el papel antehistórico de esas tribus orientales, no encontraremos nada incomprensible, nada que parezca á un efecto sin causa, en las primeras manifestaciones de la vida social en Grecia (1).»

Hemos procurado demostrar lo que tiene de ario y lo que tiene de semítico la civilización y cultura primitivas del pueblo griego. No creemos haber sido injustos con ninguno de estos dos elementos, y así podemos concluir demostrando cómo entrambas fuentes concurren á establecer el punto de partida de la historia del lujo, puesto por nosotros en la religión de todos los pueblos, y en particular en sus creencias de una segunda vida.

Después de lo dicho, claro está que debemos estar dispuestos á encontrar en la teología griega dos concepciones diferentes del mundo de los muertos; según una de ellas—la idea semítica—estaba situado en lo más profundo de la tierra, y los difuntos llevan allí una vida de sombras, desprovista de toda inteligencia y de todo sentimiento, que, en suma, no era más que una triste continuación de su actividad terrestre; según la otra—la idea aria—el mundo de los muertos está situado al Oeste, cerca del sol poniente, y los privilegiados eran admitidos en los campos Elíseos ó en las islas de los bienaventurados. Posteriormente esforzaronse en combinar una con otra entrambas concepciones de la mejor manera posible, pero por lo que toca á ciertos dioses, la componenda que se buscaba entre elementos incompatibles no dió jamás resultado alguno. La diferencia entre la casta y virginal Artemis, protectora de la inocencia y del pudor, enemiga de todo lo que es salvaje y disoluto, y la sanguinaria y licenciosa diosa de la Taurida, de Asia Menor y de Creta, los mismos griegos la sintieron siempre de una manera enérgica. Sin embargo, en la mayor parte de los casos, la fusión se operaba de una manera tan completa, que apenas si es posible distinguir los ele-

1. CURTIUS, Obr. y lug. cit., págs. 71 á 78.

mentos extranjeros de los nacionales. Tal es el caso, por ejemplo, de Dionysios, Apolo y Athena (1).

La fusión, pues, de entrambos elementos, la lógica misma quiere que se efectuase allí mismo donde la etnografía y la historia ponen los comienzos de la gran civilización griega: en Asia Menor y en Creta. Cuando los productos de esta fusión llegan á Grecia, por el comercio griego asiático y por el comercio fenicio, y por las colonias de una y otra raza asiáticas, dicho se está que hubieron igualmente de fusionarse con la civilización que independientemente de tales influencias se había ido desarrollando en el seno de la Grecia propiamente dicha. Precisamente este punto, el más difícil de averiguar, los poemas homéricos nos lo descubren; sólo por ellos podemos venir en conocimiento del grado de desarrollo que habían ya alcanzado aqueos y dorios. Homero nos enseña que ya no eran á la sazón «los dioses potencias físicas semiinconscientes, sino seres en posesión de la libertad moral y libres también de su acción como los hombres, sujetos de la misma manera que éstos á los sufrimientos y dolores, y obligados á mantener su existencia por medio de una alimentación, aun cuando esta alimentación fuera un manjar celeste que asegura su inmortalidad. En teoría, por lo menos, lo saben todo y pueden todo, y los principales de entre ellos han dejado ya de reinar sobre limitado campo. Bien que no escapen á las pasiones y deseos egoístas, no por esto son menos los guardianes y vengadores del orden moral del mundo; las ofensas que se les hacen excitan su coraje tanto como si se les hubiese hecho una ofensa personal. La organización del mundo de los dioses, está calcada sobre el modelo de la economía terrestre. Al consejo de los reyes, reunidos alrededor del rey supremo, responde la reunión de los grandes dioses del Olimpo bajo la presidencia de Zeus, su superior, no por derecho de nacimiento, sino por lo que da dicha preferencia en la tierra, en virtud de su fuerza y de sus más altas facultades. La asamblea popular (*agora*) tiene su representación celeste en la convocación de todos los seres divinos para que conozcan la voluntad del rey. La supremacía de los dioses está ya establecida; la lucha contra las potencias salvajes de la Naturaleza había ya terminado desde muy antiguo, tanto que éstas están ya dominadas para siempre. Bajo este respecto, los dioses helénicos son superiores á los védicos y á los germánicos (2).

(1) *Manuel de l'histoire des religions*, etc., págs. 224 y 225.

(2) TIELE.—Idem idem, págs. 231 y 232.



CAPÍTULO III.

FUENTES DEL LUJO GRIEGO.



ENE la Grecia de notable en su historia el habernos conservado de su edad prehistórica un cuadro más ó menos histórico, pero sumamente fiel.

Cómo, cuándo y de qué manera pudo Homero recoger todos los elementos de su inmortal *Iliada*, es cosa que se ha tratado de averiguar por los modernos. La crítica cree haber demostrado que Homero trabajó sobre un conjunto de tradiciones que llegaron más ó menos vivas hasta él; en lo que la crítica no es tan afirmativa, es cuando quiere determinar el estado de la vida griega en los mismos días de Homero.

Expuestas estas cuestiones, queda dicho que nosotros no podemos tratarlas porque nos llevarían demasiado lejos. Pero ya que á edades tan remotas remontan los poemas homéricos, ¿éstos señalan para el lujo helénico la misma fuente que hasta aquí hemos encontrado en todos los pueblos?

Algo hemos indicado ya en el anterior capítulo sobre la vida de ultratumba, causa del lujo ó fuente del lujo en todos los pueblos; ahora nos toca completar lo que hemos dicho, para que conste que, lo mismo en África que en Asia, en Europa que en América, es la religión la fuente del lujo.

¿Cuáles eran las creencias sobre el alma y la muerte en los días de Homero?

Fustel de Coulanges, que comienza su admirable libro *La ciudad antigua* dedicando su introducción «á la necesidad de estudiar las más antiguas creencias de los antiguos para conocer sus intituciones»; Fustel de Coulanges ha recogido buen número de testimonios con que demostrar la naturaleza animista de las creencias de los héroes griegos, y aun cuando creemos haber puesto fuera de duda este punto en el tomo I, no está por demás repetir que para los héroes homéricos, que para el tiempo homérico, la creencia en la vida de ultratumba, lejos de tener por teatro el cielo, se desenvolvía en la tierra, y estaba tan arraigada esta preocu-

pación, que ni aun la costumbre de quemar los cadáveres pudo desvanecerla. Sin embargo, ya en Homero la región celeste se abre á los grandes héroes, á los bienhechores de la Humanidad, si bien, tanto por sus virtudes y hazañas, como por su comercio carnal con los grandes dioses la mayor parte de las veces.

Esa creencia en la no separación del alma del cuerpo, apenas pudo desterrarla siglos y siglos después el Cristianismo, aunque no fuese más que temporalmente, enseñando su nueva reunión el día de Josefát; así, en los primitivos tiempos se enterraba con el cadáver todo cuanto podía necesitar el hombre en la tierra, sirvientes, armas, utensilios, adornos, trajes, hasta el punto de verse obligado Solón, según cuenta Plutarco, á prohibir que se enterrara con el muerto más de tres trajes. Bueno es que nos detengamos un momento en esto; pues aun cuando Solón pertenece al siglo vi de nuestra Era, habiendo fallecido á mediados del mismo, en el siglo vi Grecia no distaba mucho en usos y costumbres de la Edad homérica. Lo que resulta exacto es que en tiempos de Solón ya parecía reprehensible y digno de prohibición y censura lo que en los días de Homero hubiera parecido impiedad condenar.

Solón trabajó mucho «para hacer á los atenienses más moderados en sus duelos, intercalando con los obsequios ciertos sacrificios y quitando lo agreste y bárbaro á que en estas ocasiones estaban acostumbradas muchas mujeres. Vedó el lastimarse en los duelos, los poemas lúgubres y el llorar en los entierros de los extraños; ni permitió llevar de ofrenda un buey, ni enterrar con el muerto sino lo que equivaliese á tres vestidos, ni tampoco ir á los sepulcros ajenos, como no fuese al tiempo de las exequias» (1).

La *Iliada* nos enterará con mayores detalles que las *Vidas paralelas* de lo suprimido ó prohibido por Solón, mostrándonos lo que se suprime en todo vigor.

De la costumbre de los sacrificios humanos habla la *Iliada* en los cantos XXI y XXII, á propósito de los funerales de Patoclo: «Aquiles sacrifica á su amigo doce nobles troyanos, y con ellos cuatro corceles y dos perros, juntado para satisfacción de su amigo.» Hay más: Eurípides, en su tragedia *Hecuba*, nos presenta estos sacrificios como cumpliéndose fuera de la época de los funerales.

Troya había sido pasada á sangre y fuego; la venganza de los irritados helenos era completa, y al regresar los vencedores á la patria cada uno lleva el fruto del botín ó del saqueo. No hay guerrero que no lleve su cautiva; los que murieron combatiendo á los troyanos, ¿no tienen derecho alguno á las bellas troyanas? Aquiles lo creyó así. Salió de su tienda, se presentó á los griegos y pidió su parte; la bella Polyxena, la hermana de Héctor, la virgen inmaculada, el único vástago de la real familia troyana y el único apoyo de la anciana Hecuba, que todo lo perdió en un día, fué su víctima.

El ejército griego no podía sustraerse al sacrificio, Aquiles mismo lo había designado. ¿Podía negarse?»

Hecuba reclama á Ulises la vida de su hija, y el prudente y sabio general, lejos de consolarla, emprende la tarea de convencerla de la necesidad del sacrificio.

«Déjate persuadir, Hecuba—le dice;—que la cólera no te haga ver un enemigo en el autor de un consejo útil. Por lo que á mí hace, que te debo la vida, pronto estoy á salvar la tuya; mi palabra no es engañosa, pero lo que yo he dicho en presencia de todos, no puedo negarlo; después de la toma de Troya debemos dar al primero de nuestros guerreros á tu hija,

(1) PLUTARCO.—*Vidas paralelas*, Solón, traducción de Ranz Romanillos, tomo I.—Madrid, 1879, págs. 171 y 183.

que él reclama por víctima; pues la falta mayor de los Estados, está en no recompensar á los hombres bravos y valerosos de mejor manera que los cobardes. Aquiles, ¡oh mujer! es digno de ser honrado por nosotros, él que murió gloriosamente por la Grecia. ¿No sería vergonzoso que después de haber usado su amistad durante su vida la desconociéramos sólo porque ya no existe? En efecto, ¿qué se diría si hubiésemos de formar de nuevo un ejército, y si se presentase una multitud de enemigos para reclamarlo? ¿Qué partido tomaríamos, de combatir ó de velar sobre nuestros días, viendo muerto á ese héroe y sin tributarle sus debidos honores? Por lo que á mí hace, durante mi vida, por poco que posea, esto me bastará; pero mi tumba quiero verla honrada, pues esta gloria nos sobrevive por mucho tiempo... Sufre tu suerte. Por lo que á nosotros toca, si faltásemos al honrar á un héroe, mereceríamos el dictado de locos. Pueblos bárbaros, ¡ojalá no tratéis á vuestros amigos como amigos, y no admiréis á los que mueren llenos de gloria, á fin de que Grecia prospere y sufráis las consecuencias de vuestros principios.»

Completará ese cuadro la descripción del sacrificio de Polyxena, sublime expresión de las doctrinas animistas, llena de color real.

Es Thaltibio, el heraldo del ejército griego, quien hace relación de todo lo ocurrido á su desgraciada madre, á cuyo encuentro va para que se dé sepultura el cuerpo de su hija. Este le dice:

«Reunióse el entero ejército griego alrededor del *túmulo de Aquiles*, para el sacrificio de tu hija. Tomóla el hijo de Aquiles por su mano, y *la colocó en la eminencia* del mismo; y yo estaba á su lado; la parte más escogida de la juventud griega estaba detrás para contener los movimientos de la víctima; el hijo de Aquiles, tomando entre sus manos una copa de oro, llena, hizo libaciones á su difunto padre; luego me hizo *seña* para que mandara silencio al ejército. Entonces me adelanté y dije:—¡Silencio, oh griegos!—La multitud quedó silenciosa. Entonces el hijo de Aquiles dijo:—¡Hijo de Peleo! ¡oh padre mío! recibe esas libaciones preparatorias, por las cuales se evocan los muertos; ven á beber la sangre de esa joven que el ejército te ofrece conmigo. ¡Séanos propicio; que nuestros buques puedan abandonar la ribera y darse á la vela, y concédenos una feliz vuelta de Ilión á nuestra patria!—Así habla el hijo de Aquiles, y todo el ejército se unió á su plegaria. En seguida cogió su espada enriquecida con oro, y sacándola de su vaina, hizo signo á los jóvenes griegos para que se apoderasen de la virgen. Pero cuando ella vió su intento, pronunció estas palabras:

»—¡Oh griegos destructores de mi patria! yo muero voluntariamente; que nadie ponga las manos en mi cuerpo; yo presentaré mi cabeza con firme corazón. Pero en nombre de los dioses, al inmolar me sufrid que muera con las manos libres, como persona libre; pues ser llamada esclava entre los muertos sería para mí una vergüenza, yo que soy reina.

»—La muchedumbre prorrumpió en un murmullo de aprobación, y el rey Agamenón mandó á los jóvenes que soltaran á la joven virgen. Estos, desde que oyeron la voz del jefe en quien reside el soberano poder, la soltaron. Polixena, al oír las palabras del señor, rasgó su ropa hasta la cintura y ofreció á nuestras miradas su pecho y su cuello, semejantes al de una bella estatua, é hincando una rodilla en tierra, pronunció resignada estas palabras:

»—Joven, he aquí mi pecho; si quieres dar el golpe, dalo; si quieres mi cuello, helo aquí que se ofrece á tus golpes mortales.

»Sobrecogido de compasión por la joven muchacha, vaciló; en fin, su hierro cortó el conducto de la respiración, y la sangre brotó abundante...

»Cuando bajo el golpe mortal hubo dado el último suspiro, cada uno de los griegos se ocupó en diversas atenciones: los unos cubrieron su cuerpo de hojas, los otros, al objeto de levantarle una hoguera, trajeron ramas de pino. Al que nada llevaba se le reprendía su conducta, diciéndole:—Y bien, ¡cobarde! ¿qué haces tú aquí sin ofrecer á la niña ni peplus ni adorno alguno? ¿Nada darás á esta virgen generosa y magnánima?» (1)

Que héroes honrados de esta suerte aun después de su muerte, ganasen ya en vida y se asegurasen con su muerte el rango de semidioses, nada más natural. Así no podemos ver en el canto de triunfo de Aquiles por la muerte de Héctor una pura expresión poética, sino la expresión de un concepto real. Aquiles pudo creer que «al inmolar al gran Hector, adorado en toda Ilión como una divinidad», había vencido, si no á un dios, á un semidiós, á un amigo ó protegido de los dioses, y por consiguiente á un sér divino, de suerte que la ficción poética de la intervención de los dioses en el combate entre Héctor y Aquiles no debe in-

terpretarse sino como una real exposición de una creencia popular en los tiempos heroicos.



Fig. 17.—Vasería metálica oro.

Vivir, pues, en la tumba, en esa tumba que era la mansión de la segunda vida, era la suprema aspiración del hombre en los tiempos antiguos, y esta creencia que, expresada de una manera tan patética hallamos en Homero á propósito del dicho combate entre Héctor y Aquiles, sobrevive naturalmente á la época heroica y se perpetúa á través de toda la Edad Antigua, viniéndose á adaptar

con las ideas cristianas, produciendo casi el mismo resultado al restablecer en la Edad Media, para todos los estados sociales, el culto de los muertos, fundamento de los gremios ó asociaciones de artesanos, sobre cuyo espíritu tanto se ha divagado.

Mas, ¿qué había de suceder al alma del muerto cuando ésta separada del cuerpo, no tenía mansión donde descansar? Ya lo hemos dicho; su destino era el de errar de aquí para allá alrededor del sitio ó sitios donde el cuerpo yacía sin sepultura; pero entiéndase bien que, aun enterrado el cuerpo, si no se habían cumplido todas las ceremonias rituales, el hecho de la sepultura no producía ningún resultado.

Suetonio mismo, y fijese la atención en el autor y en el tiempo que escribe, nació el año 70 de nuestra Era, dice que, habiéndose enterrado el cuerpo de Calígula sin guardar las debidas ceremonias, hubo que desenterrarlo y enterrarlo luego de conformidad con el ritual funerario de la época, para impedir que su alma continuara apareciéndose con gran espanto de los vivos. Por consiguiente, la gran preocupación de los héroes griegos, la gran preocupación de los antiguos, como lo fué más tarde de los hombres de la Edad Media, era el de ser enterrados, si se permite la frase, según arte y en recinto cerrado y sagrado. Véase esta preocupación en Homero.

Héctor, decidido á acabar de una vez, antes de lanzarse sobre Aquiles como el águila caudal se lanza de las altas nubes sobre el tierno corderillo, pone á Dios por testigo de que si le vence no le dará un tratamiento inhumano, es decir, no le privará de sepultura. El

(1) EURÍPEDES. *Tragedias*.—Traducción de Artaud.—París, 1874, tomo I, págs. 33 á 35.

irritado Aquiles se niega á todo compromiso. Vencido Héctor, y pronto á espirar tan pronto Aquiles retire su lanza de su espantosa herida, el vencedor le recuerda la muerte de su amigo Patroclo, á quien dará suntuosos funerales «mientras que á él los animales voraces dispersarán sus miembros con ignominia».

Héctor levantó á él sus ojos casi apagados y dijo:

«—Yo te conjuro por ti mismo, por tus rodillas, por tus padres, no entregues mi cuerpo á los perros, junto á los buques griegos; acepta el oro que mi padre te dará en abundancia y entrégale mi cuerpo, á fin de que los troyanos y las troyanas me den mi parte en los honores fúnebres.»

«—¡Desgraciado!—respondió Aquiles con tono airado—no me implores ni por mis rodillas ni por mis padres. Después del luto en que me has sumido, que mi rabia no me lleve á desgarrar tu carne palpitante con mis dientes. Juzga si te puedo arrancar á la ignominia que te preparo. Aun cuando me ofrecieses diez, veinte veces lo que tú me ofreces; aun cuando me ofrecieran nuevos tesoros; aun cuando Priamo igualase el peso de tu cadáver con el oro



Fig. 18.—Gran copa de oro macizo.

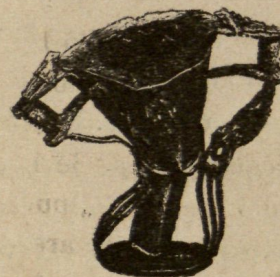


Fig. 19.—Copa de oro con dos palomas por asas.

que pusiera á mis plantas, tu madre no tendrá el consuelo de llorar sobre un lecho fúnebre el fruto de sus entrañas, y los animales voraces del cielo y de la tierra se disputarán tu desgarrado cuerpo.»

Tan tremenda fué la venganza que tomó Aquiles de Héctor, por haber dado muerte á su amigo Patroclo. Así, no es de extrañar que generales victoriosos pagaran con la vida el haber descuidado dar sepultura á los que cayeron en el campo de batalla para continuar la persecución y aniquilamiento del enemigo, pues las familias se horrorizaban á la idea de los indescutibles tormentos que las almas errantes habían de sufrir. Este modo de pensar era el que daba por resultado que fuera para los criminales más terrible la pena de privación de sepultura en que incurrian que la de muerte. Y este modo de ver continuó hasta los albores del Renacimiento, en que la Iglesia, recordando que se había dado por misión la de enterrar los muertos, arrancó á los buitres y á los perros los restos de los ajusticiados. En la Corona de Aragón la heroína fué Sor Sancha. Véase cómo se perpetúan, á través del tiempo y de los pueblos, ideas que sólo parecen propias de los primitivos tiempos.

En Grecia, como en Egipto, como en el Perú, se daba de comer á los muertos. «Pero nos equivocáramos, y mucho, dice Fustel de Coulanges á propósito de Grecia, si creyéramos que esa comida fúnebre no era más que una especie de conmemoración. La comida que la familia llevaba era realmente destinada al muerto y para él exclusiva. Lo que lo prueba es que la leche y el vino se derramaban por encima de la tumba, y que en ésta se abría un agujero

para que los alimentos sólidos llegasen hasta el muerto; que si se inmolaba una víctima, se quemaban todas las carnes para que viviente alguno pudiese coger su parte, y que se pronunciaban ciertas fórmulas consagradas para convidar al muerto á comer y á beber.» Recuerdese la invocación á Aquiles, para que acuda á beber la sangre de Polyxena; pues, aunque «la familia entera asistía á esa comida, no tocaba, empero, los manjares; que, en fin, al retirarse, se tenía gran cuidado en dejar un poco de leche y algunos bizcochos en los vasos, y que era una gran impiedad el tocar viviente alguno esa pequeña provisión destinada á las necesidades del muerto» (1).

Si, como dice Fustel de Coulanges, y es exacto, al muerto en los tiempos primitivos pastorales se le alimentaba con leche, vino y bizcochos, en los tiempos agrícolas, según se desprende de la prohibición de Solón, se le sacrificaba ya un buey. Con la civilización fué el lujo de los funerales aumentando, hasta que vinieron Licurgo y Solón con la rebaja. Licurgo, el gran legislador de Esparta, prohíbe, según Plutarco, «enterrar cosa alguna con los muertos»; el cadáver «debía sólo envolverse en un paño encarnado con hojas de olivo» (2), de modo que tan pronto tenemos noticias ciertas de la Edad antigua europea, vemos á sus legisladores procurando enfrenar con mano firme el lujo funerario.

Hasta aquí el lujo reclama la presencia del cuerpo del fallecido, y si colocamos las leyes de Licurgo en el año 820 antes de nuestra Era, podremos sostener que por este tiempo la incineración no era conocida. Esta aparece en la *Iliada*, y la *Iliada* es por lo menos de dos siglos anterior á la legislación de Licurgo.

Si en el siglo x escribió y existió Homero, por esta época era ya costumbre quemar los cadáveres, según resulta de los varios funerales que en ella se describen. Pero tal vez sería más justo interpretar el canto XXIII de la *Iliada*, en esta parte, como indicando la importancia que ya iba adquiriendo la idea de la incorporealidad de las almas de los muertos. Como este es un episodio curioso, y ya después de lo mucho que hemos dicho sobre el particular poco tendremos que añadir, trasladaremos lo que hoy llamamos *el sueño* de Aquiles, ó sea lo que en los tiempos homéricos se hubo de llamar la aparición de Patroclo á Aquiles. Luego lo tenemos en hermosos versos de Hermosilla, que traduce con mucha exactitud el original y por consiguiente no podrá menos de interesar y de ilustrar un punto que no siempre hemos podido presentar con la debida claridad.

Esto escribió Homero, ó esto le han hecho decir los homéridas:

..... Y apenas en sus ojos (Aquiles)
ya derramando el apacible sueño,
que las cuitas del ánimo suspende,
le hubo rendido al fin (porque sus piernas
mucho se fatigaron mientras iba
á Hector siguiendo en derredor del muro
de la alta Troya), á su presencia vino
el alma de Patroclo, al desdichado
en todo parecida: en la estatura,
en los brillantes ojos y en el eco

(1) FUSTEL DE COULANGES.—*La cité antique*, París, 18..., pág. 14.

(2) PLUTARCO.—*Vidas paralelas*, Licurgo, etc.; págs. 111 y 112.

de la sonora voz, y semejantes
eran también la túnica y el manto
á los del héroe. Y acercada mucho
á la cabeza del dormido Aquiles,
así le hablaba en doloroso acento:

«¿Duermes, Aquiles, y de mí olvidado
así reposas? Cuando yo vivía,
mucho de mí cuidabas cariñoso;
y viéndome ya muerto, me abandonas.
Tú me sepultas, porque pronto pase
del Averno las puertas; pues las almas
que imagen son de los que ya murieron,
lejos de allí me apartan, ni permiten
que pasando del río á la otra parte
yo me junte con ellas; y afligida,
y en derredor errante del alcázar
de Plutón que defienden, altas puertas,
vaga mi sombra. Alárgame tu mano,
y la última vez sea, que á tu vista
ya no volveré más, desde que el fuego
á cenizas reduzca mi cadáver.

Ni ya más, de la hueste retirados,
en suaves coloquios pasaremos
vivos tú y yo las horas; que la triste
parca que á todos, al nacer, los días
reparte del vivir, ya de la muerte
en brazos me entregó. Y aunque tú seas
á los eternos dioses parecido,
hado te espera igual: bajo los muros
de Troya has de morir. Pero te ruego,
Aquiles, y te encargo, que no mandes
tus huesos de los míos separados
depositar. Si juntos en tu casa
nos criamos los dos desde aquel día
en que Menefir me llevó de Oponte
á vuestro regio alcázar, cuando siendo
yo rapaz todavía di la muerte,
de cólera pueril arrebatado
y sin querer, de Ifidamante al hijo
en el juego de dados; y tu padre
me recibió benigno, y con regalo
me crió en su morada, y escudero
me nombró tuyo, de la misma suerte
los huesos de los dos contenga unidos
la urna preciosa de oro que tu augusta
madre te dió al partir.» Respondió Aquiles:
«¿Por qué, dulce Patroclo, aquí has venido

y esto exiges de mí? Lo que me encargas
fiel ejecutaré; pero te acerca
porque tu cuello ciña con mis brazos,
y aunque breves instantes el consuelo
tengamos tristes de llorar unidos.»

Así Aquiles decía, y alargaba
las manos para asirle; mas no pudo
estrecharle en sus brazos, que la sombra
desapareció cual humo, y en la tierra
se hundió dando chillidos. Saltó el héroe
atónito del suelo, y una mano
con otra hiriendo, en lamentable tono
dijo á sus capitanes: «Por mi vida,
que en las mansiones de Plutón oscuras
*hay alma y simulacro, pero cuerpo
no tiene el que allí está.....*

.

Diremos, por último, para que no nos extrañe el lenguaje de Homero, que aparece en contradicción con Licurgo y Solón, que Homero se nos presenta como un espíritu emancipado, que de la misma manera que cree que los muertos se aparecen, aunque sin cuerpo, esto es, sin realidad, cree en la aparición de los dioses; pero de estas theofanias no deja de decir que ya en su tiempo eran poco frecuentes, si no imposibles.

Ahora bien; lo lógico parece que cuando se principió á quemar los cadáveres se dejara de destruir con ellos tanta cosa preciosa como con ellos se enterraba. Desde el momento que el duplicado era un fantasma, que su cuerpo no existía, ¿á qué darle armas, carros, trajes, etc.? Y sin embargo, vemos que se lleva á la pira lo mismo que antes se encerraba dentro de la tumba. De lo que fueron estos funerales, Homero nos ha dicho bastante; pero á qué extremo llegaron, lo veremos detallado al hablar del lujo romano, en su sucesión histórica al lujo griego. Roma nos dará ejemplos increíbles de esa locura, ó mejor de la poquedad del espíritu humano, siempre temeroso y siempre recelando las novedades.

Ahora se nos preguntará por la tumba de esas edades. ¿Qué era?

Hasta hace muy poco tiempo era imposible responder á esta pregunta. La tumba primitiva, la tumba pelásgica, la tumba aquea, había desaparecido, y esto se explicaba diciendo que, dada la costumbre de quemar los cadáveres, costumbre establecida ya en la época heroica, la tumba de la edad primitiva había desaparecido. Esto se había hecho ya inaceptable en estos últimos tiempos, porque sabemos que nada de lo que ha existido en la tierra ha desaparecido radicalmente, y esta seguridad es la que ha dado por resultado los maravillosos descubrimientos de Schliemann en Troya y en Micenas. Dicho se está, pues, que la tumba primitiva nos es hoy conocida, no diremos su tipo, pero sí su existencia real; para otros queda la fortuna de fijarlo.

Schliemann en Troya reconoció casi todos los antiguos túmulos de la Troada, que los antiguos daban por tumbas de Aquiles, Hecuba, Ajax, pudiendo de sus investigaciones concluir, dejando á un lado la atribución que, en efecto, aquellos túmulos, aun hoy día fáciles de conocer, y que llegan á tener 150 pies ingleses de altura por 400 y más de diámetro, fueron le-

vantados con un fin funerario, como lo han demostrado los hallazgos, en su interior, de cenizas, huesos humanos, fragmentos de cerámica, restos de armas. De lo que debe concluirse que aquellas alturas que no han dado nada á los exploradores pudieron ser monumentos conmemorativos, aun cuando nada de extraño tendria que los dichos túmulos guardasen aún el testimonio de su carácter en su interior y la mala fortuna de los exploradores sólo ha hecho que no cayera en sus manos. Para todo esto deben ver los que gusten mayores detalles en el capítulo XII y el apéndice IV de la obra de Schliemann (1).

Como resultado de las exploraciones á nuestro fin, tenemos el túmulo que recuerda la pirámide, siendo de advertir que de la misma manera que en la pirámide la cámara sepulcral aparece en medio ó poco menos de la pirámide, cuando todo parece llevarnos á la plan-

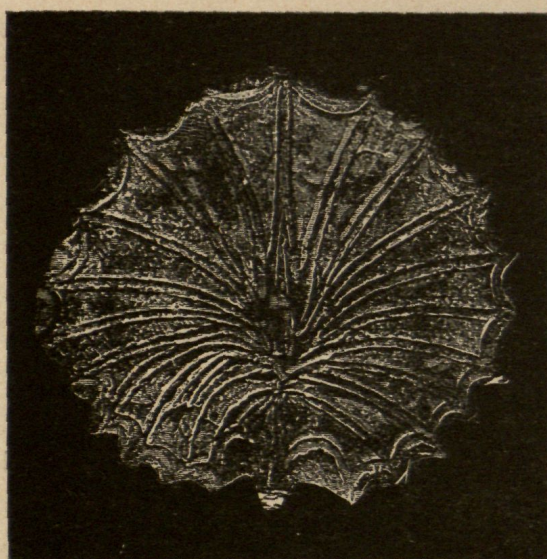


Fig. 20.—Placa de oro.

ta, en Troya, de la misma manera aparece el centro funerario cubierto ó no por piedras en medio ó poco menos del túmulo.

Aunque no es posible comparar por sus dimensiones el túmulo griego con el túmulo (pirámide) egipcio, teniendo en cuenta la diferencia que va también de la civilización de uno á otro pueblo y fuerza respectiva de ambas naciones, el túmulo troyano tiene relativamente la misma importancia que la pirámide egipcia. Si los túmulos en cuestión no son los de Hecuba, Ajax, Aquiles, etc., lo que es muy probable, no por esto es menos cierto que hubieron de ser personas consideradas las que merecieron que sus cenizas fueran cubiertas por ciento y tantos pies de tierra, es decir, por 45 metros de materiales, el mayor que hemos citado. Aun cuando admitiéramos que no se hubieran construido mayores que el citado, y fuera el promedio de diez ó doce metros para la altura, desde luego se comprende lo costoso de estas construcciones y cuánto el lujo no tuvo que ver en ellas, por más que el lujo se nos presente bajo una forma que nos haga difícil comprender su esplendidez. De todos modos,

(1) SCHLIEMANN, *Ilios*, London, 1880.

tenemos un gran sepulcro para cubrir un puñado de cenizas, y aun cuando nuevos descubrimientos nos dieran más grandes resultados, los obtenidos son suficientes para comprender el vuelo que pudo tomar el lujo en los funerales del primitivo pueblo griego.

También para esta época heroica de la historia griega Schliemann nos ha proporcionado hermosos datos con sus descubrimientos de Micenas. Si en la Troada había ido en busca de Troya, y la encontró, en Micenas fué en busca de las tumbas de los reyes pelasgos ó de Agamenón y sus compañeros, y también dió con ellas, con no saber más que lo que dice Pausanias sobre su existencia; pero gracias á la feliz idea que tuvo de creer que debían buscarse en el centro de la Acrópolis y no junto á la muralla de la ciudad.

¿Schliemann dió en realidad con la tumba del gran rey aqueo, y con la de sus servidores Eurymedón, Eletra, Zeledannos, Pelops? Esto se ha discutido y se ha negado. A nosotros no nos interesa esta discusión. Nos encontramos sí delante de unas tumbas que van más allá de mil años antes de nuestra Era, y esto nos basta. Su antigüedad la deducimos, tanto de la tradición, como de lo que nos revela la arqueología de tales obras.

Las tumbas aparecieron dentro del recinto de la Acrópolis, cosa desconocida hasta aquí, debajo de dos capas, digámoslo así, históricas. En la primera, de tres á cuatro metros, se encuentra todo lo que constituye la prehistoria helénica, su cerámica tosca, decorada á manera de la de Cipro, unas estelas funerarias evidentemente separadas de su sitio, unos ídolos, el llamado de Thera, que nos relaciona ahora con Illios, en donde sabemos fueron recogidos en gran número; sobre esta capa arqueológica, llamada prehistórica, viene la segunda, que nos ha revelado que Micenas, después de una primera destrucción, fué repoblada. Esta capa es de un metro ó poco menos de espesor, y los restos arqueológicos en ella hallados nos llevan ya de pleno á la época histórica. Por todo esto, pues, estamos seguros de haber llegado á la tumba de las edades primitivas. Schliemann cree que nos remontamos á los años 1500 antes del Cristo; sin embargo, el grande y afortunadísimo explorador cree haber encontrado lo que buscaba, esto es, la tumba de Agamenón y sus compañeros, ó sean las que por tales daba la tradición en tiempos de Pausanias, quien nada sobre ellas pudo saber, por lo que acabamos de decir, al visitar á Micenas 170 años después del Cristo.

Las tumbas del Acrópolis de Micenas se nos presentan excavadas en la roca de la misma, formadas de un rectángulo de seis metros y medio por tres. En el fondo descansan tres losas: dos de ellas forman el lecho fúnebre y otra mucho más pequeña, y puesta de través, aparece como siendo el almohadón sobre el que descansaba la cabeza del cadáver. La tierra que llenaba la tumba era de acarreo; pero la existencia de una capa de cenizas, no explicada, abre campo para todas las conjeturas. En esta capa, como en la de tierra, aparecen revueltos multitud de objetos: ídolos, botones de hueso cubiertos de planchas de oro, marfiles esculpidos ó grabados de imposible atribución, restos cerámicos de una vasaria trabajada al torno, de otra trabajada á mano, monocroma, de un negro brillante, rojo ó verde claro, en general, en estrecha conexión con la cerámica troyana de la edad prehistórica. Sin embargo, la existencia de restos de edades más modernas, pero de mucho, empero, anteriores al año 468 antes del Cristo, fecha de la toma de Micenas por los Argienses, da motivo y razón para pensar que estas tumbas estaban aún al descubierto por esta fecha.

Pero no en todas las tumbas descubiertas aparece el pétreo lecho funerario de que hemos hablado; los tres primeros cadáveres descubiertos por Schliemann descansan sobre un

lecho de grava, cubiertos por las cenizas de su pira, pira que por lo visto no tenía otro objeto que el consumir las ofrendas, ropas y carnes del muerto, pues la osamenta, lo mismo que el cráneo, estaban intactos, aun cuando no era posible tocar tales huesos sin reducirlos á polvo. Estos tres cadáveres estaban orientados con la cabeza mirando al Este y los pies á Occidente.

Sobre los tres cadáveres halló Schliemann quince diademas de oro, cinco en cada uno, decorando la cabeza y cuerpo. Diez flores de cuatro pétalos ó cruces formadas por cuatro hojas, algo mayores que las del olivo, en oro y con ornamentación repujada, encontráronse también sobre los cadáveres, y todavía se descubrieron allí, unos tubos de materia vitrosa, de color azul ó de verde cobalto, transparentes, que nos dan á conocer la infancia del arte vitraria en Grecia, en donde por cierto no hubo de desarrollarse un arte que, más que otro, por la fragilidad de sus productos, representa en toda su exageración el lujo superfluo ó mal lujo. En punto á armas, se recogieron un buen número de cuchillos en obsidiana. La metalisteria estaba representada, además de las obras indicadas, por restos de vasería, y en otras tumbas el bronce se ha presentado en grandes puñales, formados por dos hojas ajustadas por el centro, dejando un pequeño canal, que Schliemann pregunta si no estaba allí dispuesto para contener una cierta cantidad de veneno. El puño de tales armas hubo de ser de hierro ó de madera, consumido ya por el tiempo y la humedad.

En el segundo grupo de tumbas descubierto por el sabio alemán, se encuentra tan grande cantidad de objetos en oro, que aquellas tumbas parecían, mejor que otra cosa, un tesoro. Setecientas una grandes placas de oro, con elegantes adornos repujados, encontráronse allí para martirio de los arqueólogos, que no han podido justificarlas, y para solaz de los artistas, por la elegancia de sus dibujos. Nosotros reproducimos algunas de ellas. Los motivos de la decoración son, ora geométricos, ora fitarios ó zodarios. Hay interpretaciones ornamentales de la mariposa que nos descubren desde luego el genio helénico para esta clase de adaptaciones de la forma animal á la escultura.

Como la mariposa era el símbolo de la inmortalidad, ¿debemos ver en las 701 placas de oro mencionadas las ofrendas de todo un pueblo á sus jefes?

Junto con ese gran número de discos, aparecieron ahora sobre los mismos cadáveres gran número—un número inmenso, dice Schliemann—de joyas en oro, en las que aparecen todos los motivos posibles de la decoración, incluso la forma humana, en combates de héroes contra fieras, toros, leones, etc., todo para convencernos de la grande antigüedad del arte en su patria natural.

De la magnificencia, estilo y arte de las diademas que adornaban los tres cadáveres de este grupo de tumbas, damos ejemplos gráficos que nos ahorran el trabajo de describirlas, y aun todo elogio, pues la excelencia de los dibujos causan mayor impresión que el ditirambo más exaltado.

Schliemann, alentado por el éxito de sus exploraciones, llegó á registrar el terreno en un punto hasta diez metros debajo del nivel actual del suelo. A seis metros encontró los restos de un altar destinado evidentemente á la celebración de los ritos funerarios, y esto nos dice cuánto no se ha elevado el suelo dentro del recinto de la Acrópolis. Este altar caía por el centro de la tumba que llegó á descubrirse á la profundidad indicada, apareciendo los restos de cinco seres humanos, orientados como antes hemos dicho tres de ellos; los otros dos tenían la cabeza vuelta al Norte y los pies al Sud. «Estos cinco cuerpos—dice Schliemann—

estaban literalmente cubiertos de joyas, y esas joyas, como las de las otras tumbas, presentaban rastros visibles de los fuegos funerarios» (1).

Aquí se encontraron algunos esqueletos, cubierta la cara con una máscara de oro repujado y de un trabajo grosero. La particularidad de que las tres máscaras halladas acusen fisonomías completamente diferentes y con marcados caracteres individuales, esto, reunido á la circunstancia de no parecerse en nada al tipo escultórico ó de los dioses, ha inducido á Schliemann á ver representadas en ellas las verdaderas imágenes de los difuntos; «de otro modo—añade—todas las máscaras hubiesen ofrecido un mismo tipo».

Todo el razonamiento de Schliemann es erróneo. Si conociéramos para la época de los enterramientos de Micenas ese tipo individual divino de la escultura griega, de cuya invención hacían honor los griegos á Fidias, podríamos admitir la posibilidad de un tipo indivi-

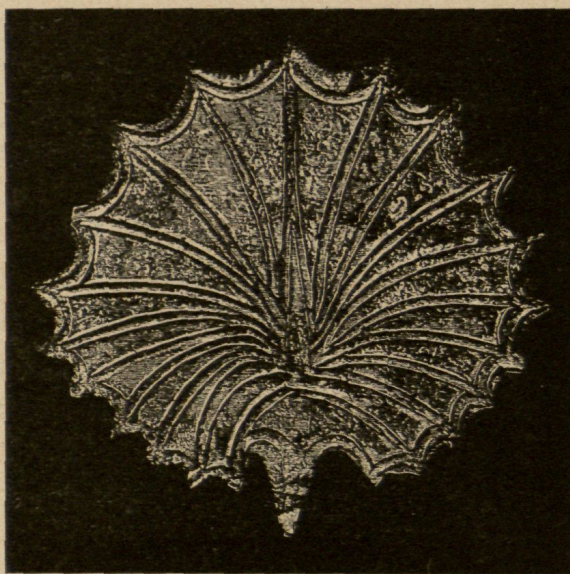


Fig. 21.—Placa de oro.

dual humano, el retrato; pero la grande escultura no existe, ó no se ha descubierto aún, y esto para la época homérica. Luego Homero ni otro escritor griego alguno habla de que se pusiera á los muertos máscaras de oro, y esto, de haberlo conocido Homero, que tan arqueológico está en su poema, no lo hubiese descuidado. Cabe, pues, afirmár que los enterramientos ó costumbres de los sepultados en Micenas fueron desconocidos de Homero. Luego, juzgando del valor representativo de esas máscaras por lo que revelan los sellos grabados—con representaciones humanas—hallados con ellas, vemos los mismos tipos, el mismo arte, es decir, ese arte rudimentario que no puede asegurar lo que hace ni lo que saldrá cuando la cosa esté hecha. Por este tiempo los artistas griegos podían decir lo que se dice de nuestros principiantes, que si sale sin barbas será una Purísima y si no un San Antón. Schliemann, como que no ha practicado el arte ni conoce su historia, ignora que la imitación fiel de la Naturaleza, el retrato, es el último de los progresos artísticos, el que supone que la

(1) SCHLIEMANN, *Mycenes*, tr. por Girardin.—París, 1879, pág. 294.

habilidad técnica ó profesional se acerca á la perfección. No podemos, pues, ver en las máscaras en cuestión más que un producto del arte arcaico griego, del arte del repujado, por cierto el más difícil de todos cuando se trata del retrato.

De otros grandes y celebrados hallazgos hablaremos luego; ahora, antes de despedirnos de las tumbas de Micenas, que de una manera tan notable nos han probado el lujo funerario griego y demostrado nuestro tema ó tesis de ser la religión la principal fuente del lujo, hemos de insistir sobre lo que dejamos no más que indicado, esto es, sobre si en realidad nos encontramos en presencia de las tumbas de Agamenón, Casandra, Eurimedón y demás héroes troyanos, como había supuesto siempre la tradición griega.

De la guerra de Troya no es sólo Homero quien habló. En Tucídides se halla vivo su recuerdo, y no es posible negar la realidad histórica de tal empresa, y Schliemann tiene razón cuando dice que su fe en la realidad de tal guerra le hizo descubrir á Troya y sus tesoros. Pero Schliemann, delante de los hechos, no puede menos de confesar que, «como las

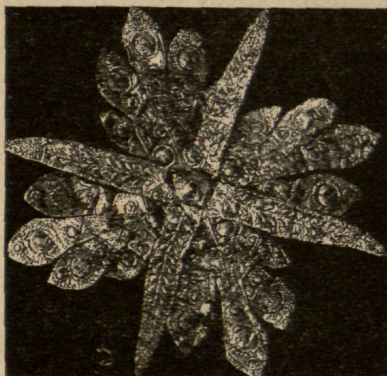


Fig. 22.—Cruz de oro.

joyas de Troya no tienen ornamentación alguna; como la cerámica troyana es labrada á la mano sin color, y sin más decoración que la impresa ó grabada; como allí faltan por completo el hierro y el vidrio», ha de decir que en «su convicción las ruinas de Troya remontan á una alta antigüedad, sobrada para ser anteriores de bastantes siglos á las ruinas de Micenas» (1).

Schliemann, para conciliar dos épocas artísticas tan distintas con la tradición de que el enterrado en la Acrópolis de Micenas sea Agamenón, ha de suponer que el estado de cultura era muy superior en Micenas, comparada con el de la Troada. Esto no repugna admitirlo, sobre todo para la antigüedad. La civilización semítica asiática, con todos sus esplendores, está probado que nunca atravesó el Taurus; su influencia modificó las condiciones de existencia de los pueblos arianos establecidos entre el Taurus y el Mar Negro, pero no se sustituyó. Posible es, pues, que en Troya se viviera como nos lo han revelado sus ruinas. Posible es que los aqueos en Grecia hubiesen alcanzado un grado de civilización más elevado; en verdad, la empresa á que se arrojaron parece desde luego acreditarlo; que no atraviesa un pueblo el mar para ir á atacar á otro sin estar convencido de su superioridad.

(1) SCHLIEMANN, *Mycenes*, etc., pág. 418.

Dado esto como posible, la constancia de la tradición que les suponía enterrados en la Acrópolis de Micenas, como lo ha probado Schliemann, en contra de Leake, Dodwell, Müller, Curtius, etc., que creían que los enterramientos debían buscarse por la parte baja de la ciudad, tales hallazgos, dicen que allí están las víctimas de Clitemnestra ó de Egistho, y parece robustecer la creencia del grande y afortunado explorador de la Troada y de Micenas, de que en realidad hemos descubierto la tumba de Aganón.

